7238

ADRIÁN GUAL

MISTERIO DE DOLOR

DRAMA

en tres actos y en prosa

Traducido al castellano por

LUIS MOROTE

PRÓLOGO de JOSÉ FRANCÉS

18

MADRID MCMIX

MISTERIO DE DOLOR

DRAMA

en tres actos y en prosa

Escrito en catalán por

ADRIÁN GUAL

Traducido al castellano por

LUIS MOROTE

PRÓLOGO de JOSÉ FRANCÉS

MADRID · MCMIX

ES PROPIEDAD. DERECHOS RESERVADOS

Nadie podrá, sin permiso del autor ó del traductor, representar esta obra en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria. ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad. ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕

PRÓLOGO

HACE poco más de once años Adrián Gual fundaba en Barcelona el *Teatro Íntimo*, que había de ser como la *Stage Society*, de Londres y el *Teatro Libre*, de Antoine — como intentaron serlo después el *Teatro Artístico*, de Benavente y el *Teatro de Arte*, de Miquis —, una sinceridad y un entusiasmo abiertos á todos los entusiasmos y á todas las sinceridades, sin otra condición que la imprescindible de la belleza.

El Teatro catalán ya estaba entonces en pleno desenvolvimiento.

Los modernos dramaturgos supieron mirar más allá del horizonte, y al exiguo ambiente de *Pitarra*, Llanas, Ferrer, Arnau, Baró, Pín y Soler, Vilanova, respondía el romántico ímpetu de Guimerá, la emocionada fuerza estética de Rusiñol, el musculoso temperamento de Iglesias, y hasta

671626

la cándida extravagancia de Pompeyo Crehuet.

Pero Adrián Gual no se conformaba con esto. Deseaba una ampliación, una renovación poética que desenterrase el antiguo teatro clásico y reprodujese la septentrional inquietud de Ibsen, de Bjorson, de Strindberg, de Brandés, de Ane Garborg...

Afortunadamente, no fracasaron sus tentativas y el *Teatro Íntimo*, que se inauguró con el drama *Silencio*, original de su fundador, tiene hoy indiscutible importancia y una gallarda historia 'e independencia artística.

Al *Teatro Íntimo* se debe la primera tentativa del teatro de la Naturaleza en España, que ahora soñamos unos cuantos sobre el suelo encantado de Asturias.

El poeta Juan Maragall tradujo la *Ifigenia*, de Gœthe, y la representaron al aire libre en los hermosos jardines del Laberinto.

Luego — y siempre respondiendo á su credo estético —, la Sociedad del *Teatro Íntimo* representó al lado del *Edipo*, rey de Sófocles, *Interior*, de Mæterlinck; junto al *Casamiento por fuerza*, de Molière, *La alegría que pasa*, de Rusiñol; frente al áspero realismo de *Los espectros*, *Blanca Flor*, de Adrián Gual.

Y todas estas obras cuidadosamente, escrupulosamente ensayadas y presentadas con una esplendidez de entusiasmo y de buen gusto que para sí quisieran muchos de nuestros primeros actores (¡?) y empresarios.

Aunque Adrián Gual no tuviera otro mérito que el de haber fundado y seguido dirigiendo el *Teatro Íntimo*, ya sería suficiente para admirarle.

Pero tiene algunos más.

Dotado de un sentido visual extraordinario y exquisito, poseyendo una firme y bien orientada cultura en el arte decorativo, ha contribuído antes que nadie á que los carteles españoles se encauzaran y simplificaran por modernísimos derroteros.

Finalmente, es el autor de obras como *Silencio*, *Culpable*, *Blanca Flor*, y sobre todo, MISTERIO DE DOLOR, impecablemente traducida por Luis Morote.

MISTERIO DE DOLOR es un drama hurañamente triste. Se desarrolla entre gente de la montaña catalana, entre esa ruda gente que conserva en todo su primitivismo la pureza del *romans catalanesch*, con que rimaron los antiguos trovadores.

La portada de la primera edición, dibujada por el mismo autor, resumía la desolación de tres vidas, sufriendo su propio dolor dentro del triple dolor común. Tres corazones enganchados en una corona de espinas y el todo encerrado en otra más tupida (1).

Mariana, casada en segundas nupcias con Silvestre, tiene una hija, Marianeta, que está enamorada del padrastro: Silvestre también ama á Marianeta, pero es leal y respeta la rabiosa ansiedad crepuscular de Mariana.

Labast, pretendiente de Marianeta, es rechazado y riñe con Silvestre; los dos hombres quedan heridos. Mariana sube á la montaña para buscar unas hierbas y hacer con ellas un ungüento que cure á su marido. Al volver le sorprende rindiéndose con Marianeta á la amorosa fatalidad. Entonces no vacila, no duda, y hace el sacrificio de su vida.

Del diálogo, sobrio y brusco — que Morote ha sabido transmitir de un modo exactísimo —, con monosílabos tajantes, y de la acción, desprovista de esas insoportables falsedades llamadas picar-

(1) Este dibujo está reproducido enfrente de la portada en la presente edición.

días teatrales, surgen luminosas, claras, las tres figuras de Mariana, Marianeta y Silvestre.

Mariana es la mujer que sabe de todos los dolores, que al llegar el crepúsculo cree haber encontrado la redención en el amor, y se entrega abnegada, intensa, plena, á este amor llegado quizá un poco tarde. Por eso cuando comprende que también en este momento supremo se ha equivocado, que tampoco allí le aguardaba la felicidad, emprende el camino de la muerte, engalanando su amargura con una canción:

Ay, adeu Mariagneta...,
principi del meu sofrir...

Este abnegado suicidio recuerda el de Giovanni en *Sul Gorner*, y el de Doll en *Sacrificios;* pero no esteriliza la felicidad, como aquéllos.

Al contrario: Marianeta y Silvestre ignorarán siempre que la muerte los vió con los labios unidos.

Marianeta, moza resuelta y ávida, siente en sus entrañas y en su corazón la briosidad de los veinte años.

Reclama su parte de amor, y la reclama audazmente, resueltamente, sin vacilaciones ni retrocesos. También, como su madre, ama la vida;

pero la ausencia de dolor, la ignorancia de toda negrura la inclina al optimismo. «Tot es hermos si l'amor es el mestre» — exclama ante la irresolución de su amante.

Silvestre es, acaso, la creación más humana de la obra.

Hombre íntegro, de perfecto equilibrio espiritual y corporal, nunca dobló su corazón ni abrió su cerebro á ninguna villanía. El amor, que en Mariana es bondadosa alegría, y en Marianeta acometividad briosa, es en él apocamiento y tristeza. Ayuno de voluntad, se duele de un afecto que nace sin haber muerto todavía el anterior.

Por las horas en que se desdobla la acción de MISTERIO DE DOLOR pasa un delicadísimo soplo simbólico.

El drama comienza al medio día, bajo la cenital luminosidad de un sol agosteño. También el corazón de Mariana está en lo más alto de su felicidad.

Cuando el sol agoniza en la melancolía mansa y sublime del atardecer, también Mariana se convence de su crepúsculo y decide morir.

Se hunde con la noche silenciosamente, y cuando el sol vuelve de nuevo á incendiar la

transparencia de ópalo del cielo, traen su cadáver hasta donde gime Silvestre y grita Marianeta en una simbólica anunciación de que con el día amanece el nuevo amor.

También ellos tendrán las horas rojas del medio día; también llorarán cuando el crepúsculo, y, finalmente, se hundirán en la noche. Es ley humana.

El desenlace de MISTERIO DE DOLOR tiene cierta semejanza con *Interior*, de Mæterlinck, y toda la estructura de la obra recuerda la de los maestros del Norte.

No importa. De los países brumosos y lejanos, de hombres pálidos y ensimismados, nos llega la inspiración del nuevo arte, arte intenso y humano que destruye la brutal afirmación de Baudelaire: «*Comparé au rêve, l'art est une blasphême.*»

JOSÉ FRANCÉS

PERSONAJES

MARIANA

MARIANETA

SILVESTRE

SEGISMUNDO

BRAULIO LABAST

PEDRO MALEST

Hombres y mujeres

CARACTERES

Mariana.—Cuarenta y tres años; fresca, morena, bien plantada. Madre de Marianeta. Dueña de la casa donde se desarrolla el drama. En su cabeza empiezan á verse algunos cabellos blancos. Un poco gruesa, pero sin haber perdido su primitiva esbeltez. De mirar franco y abierto. Una figura muy atractiva.

Marianeta.—Veintidós años; hermosa y rozagante, en todo el esplendor de su juventud. Delgada, pero sin exageración. De líneas finas y firmes á la vez. Morena como su madre; cabellera negrísima. Su aspecto exterior revela bien á las claras un carácter concentrado, sin la animación de su madre.

Silvestre.—Veintiocho años; segundo marido de Mariana. Un mocetón de aspecto forzudo. Torpe y desmadejado en sus movimientos; el pelo, abundante, le cae sobre la frente. Tostado por el sol, con la cara completamente rapada.

Segismundo.—Maestro de escuela retirado. Setenta años; se ha dejado crecer la barba y está calvo. Es amigo antiguo de casa de Mariana, y por afecto á ella, al dejar la escuela de un pueblecillo del llano, se refugió en aquel rincón de la montaña. Toda su fisonomía revela que es un hombre de bien á carta cabal.

Braulio Labast.—Veinticinco años; guapo de pueblo que ronda y galantea á Marianeta. Fachendoso, presumido en sus modales y traje. Al hablar y al accionar se contonea todo su cuerpo, provocando con la mirada y el tonillo enfático de las palabras.

Pedro Malest.—Treinta años; leñador de oficio. Tipo vulgar, revelando un buen fondo.

Comparsas.—Cinco mujeres y cinco hombres. Sólo han de salir formando el grupo final, y por su aspecto han de encuadrar en el ambiente de la obra.

TRAJES

QUE VESTIRÁN LOS PERSONAJES

Tanto **Mariana** como **Marianeta** han de procurar vestirse con el natural descuido de quienes viven lejos de la ciudad. Sabiendo donde acontece el drama, no será difícil dar todo el relieve posible á las figuras. Por su traje, peinado, etc., han de presentarse no como señoritas, sino como verdaderas labradoras acomodadas.

Lo mismo cabe decir de **Silvestre,** de **Braulio Labast,** de **Pedro Malest** y del grupo final. Todos ellos han de huir con cuidado de aparecer trajeados como falsos lugareños de teatro.

Segismundo, sin que desentone de los demás puede, atendida su situación y procedencia, dar una nota que se aparte un poco del destripaterrones. Su edad, como la vida de descanso que lleva, le consienten perfectamente esta armónica discordancia. Vestirá gorra, chaleco y americana, y calzará botas algo toscas en vez de alpargatas.

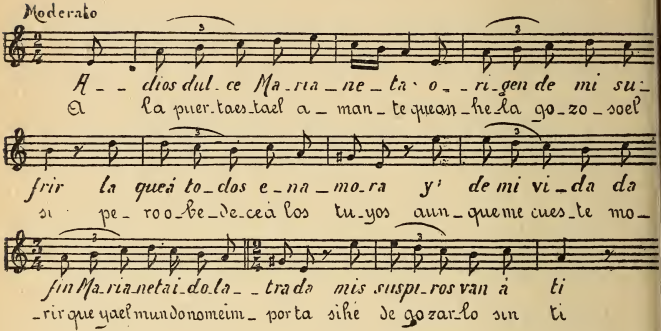
LUGAR DE LA ACCIÓN

Alta montaña de Cataluña. — Época actual.

La escena es la misma durante los tres actos y podrá servir de modelo la decoración pintada por los señores Moragas y Alarma, de Barcelona, según el grabado que figura en la cubierta de esta edición.

Derecha é izquierda, la del espectador.

CANCIÓN DE LA MARIANETA



Adiós, dulce Marianeta,
origen de mi sufrir,
la que á todos enamora
y de mi vida da fin.
¡Marianeta idolatrada,
mis suspiros van á ti!

A la puerta está el amante
que anhela gozoso el sí;
pero obedece á los tuyos
aunque me cueste morir,
que ya el mundo no me importa
si he de gozarlo sin ti.

ACTO PRIMERO

Comienza la acción en punto de medio día de un viernes del mes de Agosto. El cielo claro, despejado, azul. El sol calienta con fuerza. Aparece *Marianeta* por la puerta de la izquierda cantando las coplas de la *Mariagneta* — canto popular catalán cuyas estrofas y música se insertan en la página de enfrente — y llevando apoyado en la cintura un cubo vacío que va á llenar en el pozo que hay delante de la casa.

Al llegar en la canción á la segunda copla, se oye igual tonada que silba alguien que se acerca desde el fondo y por la derecha. Es *Silvestre*, que marcha pausadamente siguiendo la voz y el aire de la que canta en escena. *Mariana*, que estaba en el interior de la casa y que ha oído á su marido, surge de pronto muy alborozada para irle al encuentro. Al aparecer su madre, *Marianeta* la ve y se calla repentinamente. *Mariana* le hace señas de que se esté quieta y no chiste; sin dejar de reir y yendo hacia la puerta del corral para esconderse, se prepara á sorprender á *Silvestre* en cuanto éste asome. En tanto, *Marianeta* llena el cubo, muda dos ó tres veces de color, se pone muy seria y mustia y se marcha por donde entró. *Mariana*, sin prestar atención al cambio de fisonomía de su hija, siguiendo en su idea, coge un puñado de maíz del montón que hay en el suelo y

aguarda en su escondite la entrada de *Silvestre*, que aparece á poco silbando la tonada con los aperos al hombro, la cabeza al aire, los brazos arremangados y calzando zuecos.

Apenas ha dado un paso en el interior de la casa, y cuando busca ansiosamente por dónde se ha escabullido la que con sus trinos le sugirió el recuerdo de la canción, su mujer, no pudiendo contenerse por más tiempo, como á impulso de una sacudida nerviosa, le echa al rostro los granos de maíz que tenía en las manos y prorrumpe en sonora carcajada, mientras corre á situarse en el primer término de la escena. *Silvestre*, sorprendido con lo que menos esperaba, arroja al suelo los aperos, saca los pies de los zuecos y riendo también persigue á su mujer, y asiéndola bruscamente le dice:

ESCENA PRIMERA

SILVESTRE y MARIANA

SILVESTRE

¡Ahora verás la que te espera!

MARIANA

¡Loco! ¡Tontinaca! ¡Que me haces daño! ¡Suéltame!

SILVESTRE

¿Que te suelte? No; me las tienes que pagar todas juntas... *(Continúan asidos y forcejeando).*

MARIANA

¡Te digo que me lastimas!

SILVESTRE

(Teniendo cogida á su mujer por el cuello). Y si te ahogase, ¿qué dirías? *(Pausa. En la lucha ambos han rodado por el suelo y ella lo contempla gozosa, embelesada).*

MARIANA

¿Me quieres?

SILVESTRE

Mucho...

MARIANA

¡Atrévete á negarlo!

SILVESTRE

Pero ¿quién lo duda?

MARIANA

¡No tanto como yo te quiero! *(Pasándole una mano por la cara, brindándole mimosamente á que ponga en obra su amenaza).* Anda, ¡ahógame!

SILVESTRE

¿Apostamos algo?

MARIANA

¡Prueba!

SILVESTRE

¡Á la una! ¡Á las dos!

MARIANA

¡Y á las tres!... *(Se miran á los ojos sin dejar de reir. Ella ríe con estrépito, y, enlazándolo á su vez por el cuello, lo besa en ambas mejillas, en tanto que exclama):* ¿Á que soy yo quien te ahogo?... ¡Toma, toma y toma! *(En tal instante, Marianeta sale de la casa y, andando para el corral, dice en tono agrio y de reproche):*

MARIANETA

¡Parecéis bobos! *(Desaparece. Pausa. Se sueltan los dos como sobrecogidos al ver á la muchacha).*

MARIANA

(Sentándose en el suelo). ¡Huye! ¡Que viene madre!... ¡Parecéis bobos!... ¿La oíste?... ¡Parecéis bobos!... ¿De dónde sacará ese genio el diantre de la moza? *(Silvestre calla y mira á otra parte como avergonzado. Pausa).* ¿Con qué derecho nos riñe?

SILVESTRE

¡Bah!

MARIANA

¿No tengo razón para enfadarme?

SILVESTRE

Depende del tiempo. Es la luna de ahora...

MARIANA

¡Oigan al muy sabio! ¡Es la luna!... ¡Ah! Ya no me acordaba que siempre la defiendes en contra mía... Á ver, ven acá, mírame á la cara. *(De pie y acercándosele).* Quiero que me lo digas todo, ¿lo entiendes? ¿Hice mal en abrazarte, en besarte?

SILVESTRE

No, mujer, no. *(De mala gana).*

MARIANA

Es que si te pasas al bando contrario, de los que me cortan un sayo y murmuran de mí, yo sería la primera en decirte que te fueras muy lejos. ¿Soy yo acaso coqueta y tarambana como dicen? Tú sabes bien que lo dicen. ¿Lo crees tú, mi hombre, lo crees? *(Abrazándole con pasión).*

SILVESTRE

No, mujer, no. Pero, ¿qué te da de repente?

MARIANA

Yo me entiendo y bailo sola. Óyeme y contesta. Si hago lo que hago, es por amor, porque te quiero mucho, mucho... Ellos sí que son majaderos y mal pensados, los que me llaman la viuda carantoñera y veleta... Dime, ¿soy yo veleta?

SILVESTRE

Sí, sí... son unos... cualquier cosa los que te critican... *(Siempre en el mismo tono de contrariedad).*

MARIANA

Me lo dices de un modo...

SILVESTRE

¿Y cómo quieres que te lo diga?

MARIANA

¿Lo sé yo acaso? Pero se me figura que me das la razón como á las criaturas, para no causarme pena.

SILVESTRE

Siempre recelosa y desconfiada.

MARIANA

Pero es verdad; ¿me quieres?

SILVESTRE

Sí, sí y sí...

MARIANA

Me lo has jurado tres veces y aun no he sentido el eco de tu voz aquí dentro...

SILVESTRE

(Empujándola cariñosamente). ¡Zalamera!

MARIANA

Y piensa lo que quieras; pero el genio que va echando Marianeta me da mucho que cavilar.

SILVESTRE

¡Bah! No vale la pena.

MARIANA

¿Sabes lo que le hace falta á esa chica?

SILVESTRE

¿Qué?

MARIANA

Boda...

SILVESTRE

Pues á buscarle novio...

MARIANA

Casarla cuanto antes, prontito... ¡No se recela ella lo que su madre trama!

SILVESTRE

Desembucha tus secretos.

MARIANA

¿No has reparado que hace tiempo la ronda y la pretende Braulio Labast?

SILVESTRE

Ya lo he visto.

MARIANA

¿Y que ella no es costal de paja al lado del mozo?

SILVESTRE

¿Crees tú...?

MARIANA

No es que lo creo, es que lo sé de fijo. Ciega tenía que estar para no verlo. Lo advertí aún no hace un año, el día de la romería de San Dimas, cuando bailó con él en la era de los espigadores, y tan pronto se ponía pálida como más roja que las amapolas. Figúrate lo que Braulio le diría, él, que se pinta solo para esas cosas. Y cuenta que

Segismundo también se enteró de que la chica estaba encalomada...

SILVESTRE

¿Y desde aquel día no reparaste nada más?

MARIANA

Claro que sí... ¡babieca! Tropiézanse por ahí á menudo sin saberlo ni quererlo, y cuando se encuentran se ponen á temblar, las piernas les hacen traición, como dice el señor cura de Miravallas.

SILVESTRE

Antes que te cases, mira lo que haces... ¿Estás segura de que Marianeta siente inclinación por Braulio?

MARIANA

Puede que ella no sepa lo que le duele; pero las señas son mortales, y como de algún tiempo á esta parte la veo tan melindrosa, quiero regalarle el galán por vía de medicina.

SILVESTRE

Asegúrate antes de que esa es su enfermedad.

MARIANA

¿Para qué? No soy de la primera volada; y, además, una madre sabe siempre el doble que su hija de las cosas del amor.

SILVESTRE

Á ver, á ver...

MARIANA

¿Á qué tantos aspavientos? Ya está todo visto.

SILVESTRE

¿Por qué?

MARIANA

Porque ayer, sin ir más lejos, me hice la encontradiza con Braulio Labast y resultó, aunque te parezca mentira, que tendrás por yerno al guapetón de la montaña.

SILVESTRE

¿Hablasteis?

MARIANA

Con tanta claridad como la de la luz que nos alumbra.

SILVESTRE

¿Él está dispuesto?

MARIANA

No desea otra cosa.

SILVESTRE

Pero... ¿y ella qué dice?

MARIANA

¡Estás en Babia! Ella, sin darse cuenta, espera que la pida para darle un sí más grande que una casa.

SILVESTRE

¿Y si la erraras?

MARIANA

¡Quita de ahí, hombre, quita de ahí! ¿Por qué la he de errar?

SILVESTRE

¿Y cómo te las manejaste? ¡A ver, habla! ¿No habrás sacado los pies del plato, comprometiéndote y comprometiéndonos? Reflexiona que ese mozo es muy presumido y puede que te siguiera la corriente para darse tono. Y eso sí que no lo toleraría.

MARIANA

Claro, ¡como soy una tarambana!

SILVESTRE

¡Vuelta á empezar!

MARIANA

Mira, no quieras saber más y déjame á mí, que yo me las compondré toda solita. La niña

ha de casarse, y pronto: le conviene, le hace falta. Tiene la edad. Si á las solteras se les pasa su hora, luego se quedan para vestir imágenes; boda, boda y boda. Le diré lo que hace al caso, le cantaré las verdades del barquero y ya verás si doña Remilgos contesta que no. ¿Qué apostamos á que acierto?

SILVESTRE

¡Arre, que es tarde!

MARIANA

Y una vez casada, ¿quién nos tose á nosotros? Viviremos más contentos que ahora. Con la tranquilidad de conciencia de haberla colocado para toda la vida. Y solos, recogidos en la soledad de nuestro amor, sin testigos de vista, seremos muy felices... *(Muy cariñosa y casi abrazándole. Pausa).*

SILVESTRE

(Malhumorado). Cualquiera diría que te estorba, que tienes ganas de deshacerte de ella... ¡Pobre Marianeta!

MARIANA

(Soltándolo). Y tú pareces el tío Melindres... que te complaces en ser para mí un aguafiestas... Me haces rabiar con tus respuestas...

SILVESTRE

¿Y por qué?

MARIANA

Sí, sí; rabiar, te lo juro... Nunca estás de acuerdo con nada de lo que te propongo. ¡Y pensar que no tienes más que abrir la boca para que á mí me parezca de perlas cuanto dices!

SILVESTRE

Es que...

MARIANA

Es que tú no me quieres como yo te quiero... He ahí el secreto. ¡Ingrato!

SILVESTRE

¿Mariana!

MARIANA

No, no; no te mereces una mujer como yo, que sólo vive para tí, que se ríe, se ha reído y se reirá de todos los murmuradores y envidiosos, porque al casarse por segunda vez, fué como novia y virgen, amando como no había amado jamás antes; porque está loca, si, loca, y locura grande es querer cual yo te quiero...

SILVESTRE

Escucha, ven...

MARIANA

¡Aparta!... No quiero oirte. *(Pausa. Se aleja).*

SILVESTRE

¡Vaya! Contigo no se puede hablar.

MARIANA

Ya lo sabía. *(Pausa).*

SILVESTRE

(Acercándosele, y tiernamente). ¿Pero, cómo es posible que pienses que no te quiero? ¿Habría abandonado á los míos como los abandoné si no te quisiera? ¿Habría reñido con los de mi casa si fuese cierto lo que dices? ... Responde... También yo me río de todo el mundo, ¿lo oyes? Y eso que más de una vez y de dos, tengo que encomendarme á Dios para no andar á porrazos con las malas lenguas que te roen...

MARIANA

(Con exaltación y cogiéndole una mano). ¡Oh! no; eso no, ¡Silvestre mío! Déjalos en paz, no te comprometas.

SILVESTRE

Sino que tú tienes la cabeza llena de musarañas.

MARIANA

Sí, sí, sí; te creo, Silvestre, te creo... Me quieres mucho, mucho, ¿verdad?

SILVESTRE

Claro está que sí, y todavía tú...

MARIANA

Olvídalo, Silvestre, no lo tomes en serio. Es que siempre se me antoja que tu cariño es poco, es menos del que yo quisiera.

SILVESTRE

¡Buena la haríamos si no te adorase! ¡Y cuidado que me zumban los oídos!

MARAINA

¿Qué? ¿Qué te dicen? Habla...

SILVESTRE

Me dicen... ¡Pero si yo me río de todo!

MARIANA

Y todo se te pasa cuando me ves, ¿verdad? *(Excitándose).*

SILVESTRE

Claro.

MARIANA

Y te dan lástima los charlatanes cuando, metiditos entre sábanas, te mimo como á un niño y perdemos la noción del mundo, olvidados de que ha de amanecer, ¿no es cierto?

SILVESTRE

(Riendo gozoso y abrazándola). ¡Mariana!

MARIANA

¡Chiquillo de mi alma! Toma, toma *(Besándole).*

SILVESTRE

(Como temeroso de que los vean). ¿Qué haces?

MARIANA

Y á mí qué me importa que nos vean, si querría comerte á besos y abrazos en presencia de todos los mal hablados...

SILVESTRE

Puede venir tu hija.

MARIANA

¿Y qué?... Es decir, que la escandalizaríamos; pobre criatura... Sí, tienes razón. Ella no puede saber ciertas cosas, y justamente por eso quiero, hace falta que la casemos pronto; sí, sí,

tiene la edad, créeme. Créeme y déjame hacer; ya verás como no me equivoco. Mira, ahora mismo se lo voy á decir. En cuanto á Braulio, ese ha de venir hoy ó mañana á recibir la respuesta.

SILVESTRE

¿Tan adelantadas van las cosas?

MARIANA

¿Te figuras que me duermo? Quiero hacerla dichosa, Silvestre; y lo será, de fijo lo será con él. Además, no es ningún pelagatos. Las tierras de su padre, para Braulio son.

SILVESTRE

¿Tu crees?

MARIANA

Tal como lo digo.

SILVESTRE

Aún he de ver yo donde están esas tierras.

MARIANA

Pues, en Ginestrals, partida de la Roquera; todo el mundo lo sabe.

SILVESTRE

Bueno, sí; allí hay unos campos que fueron de Labast padre, y que hoy están entrampados.

MARIANA

Y aunque así fuese, tanto monta. Es un buen chico, que es lo principal...

SILVESTRE

Enhorabuena *(Pausa.)*

MARIANA

Oye, oye, Silvestre; ¿á que no adivinas por qué me agradaría tanto casarla?

S LVESTRE

No caigo.

MARIANA

¡Por el gusto de que te hiciera abuelo! *(Riendo á carcajadas).*

SILVESTRE

¡Tonta!

MARIANA

Sí, sí; abuelo y bien abuelo... ¡Ea! ¡Ea! Avergüénzate; ¡tan joven y con nietos! *(Continúa riendo).*

SILVESTRE

¿Y tú qué serías? Busca, busca...

MARIANA

¡Eh! ¡El abuelo! . . .

SILVESTRE

(Mudando de conversación, visiblemente contrariado por la broma). ¿Y aquí, no se come hoy?

MARIANA

¿Tiene hambre el chiquitín de la casa?

SILVESTRE

¡Pues podría no tenerla á estas horas!

MARIANA

Todo está á punto y madre le dará los bocaditos buenos al nene. . .

ESCENA II

SILVESTRE, MARIANA *y* MARIANETA

(Marianeta viene del corral con la falda llena de hierba y encamínase hacia la puerta de la casa, siempre malhumorada. Se para en el dintel de la puerta al oir que su padrastro le dirige la palabra).

SILVESTRE

Oye, niña: ¿la bazofia está á punto?

MARIANETA

Sí. Cuando quieran sacaré el puchero del fuego.

SILVESTRE

Por mí, en seguida. Esta tarde tengo que ir con Perico á escardar broza en el bancal Florest.

MARIANETA

Vamos á comer. *(Apenas ha dado un paso cuando su madre, que no la pierde de vista, la dice afablemente, deteniéndola con el ademán):*

MARIANA

Aguarda, escucha.

MARIANETA

(Secamente). ¿Qué manda?

MARIANA

Dime, ¿te gustaría que madre te sirviese unos postres ricos, como si fuese día de fiesta mayor? *(Silvestre se dirige entre tanto poco á poco hacia el fondo de la escena. Pausa).*

MARIANETA

(Más secamente). No entiendo una jota.

MARIANA

Ven, acércate. Suelta esos hierbajos.

MARIANETA

(Deja caer la hierba en el poyo que se alza junto á la puerta y se adelanta de mala gana). ¿Qué ocurre? ¿De qué postres habla usted?

MARIANA

Bueno, mujer, no te incomodes. *(Le toma una mano y se la estrecha con cariño).* ¡Ah! ¡Qué cabecita esta, qué cabecita! *(Hablando á Silvestre).* ¿Apuestas algo á que no adivina mi hija la que le tengo preparada? *(Silvestre se encoge de hombros).*

MARIANETA

Bien. ¿Qué quiere usted?

MARIANA

Contéstame: ¿no es verdad que tu madre te quiere mucho?

MARIANETA

¡Déjese de historias!

MARIANA

Responde.

MARIANETA

Perfectamente... sí.

MARIANA

Ten confianza y no ocultes nada á tu madre; ¿no es cierto que te gusta Braulio Labast?

MARIANETA

¿Y esos eran los postres de la fiesta mayor? *(Con extrañeza).*

MARIANA

Claro, como que es verdad, sólo que no te atreves á confesarlo.

MARIANETA

Me parece que usted tiene muy poca faena. *(Soltándose y echando á andar).*

MARIANA

(Volviéndola á coger por la mano). ¿Por qué te haces la tonta? Quiero que me digas la verdad; el amor no es pecado.

MARIANETA

Pero ¿qué verdad ni qué niño muerto?

MARIANA

Que estás prendada de Braulio.

MARIANETA

Ni á mí me importa Braulio un comino, ni usted está en sus cabales. *(Silvestre sigue la con-*

versación con marcado interés, que disimula cuando Mariana lo mira. Marianeta no aparta los ojos de los ojos de su padrastro).

MARIANA

Lo digo por tu bien, hija mía. Y como tú eres tan reservada, y te conozco y deseo que seas muy feliz, he hecho por ti la tarea que no has querido hacer. Vaya, ya lo sabes de una vez.

MARIANETA

¿Pero qué líos son esos? ¿Qué es lo que ha hecho usted? *(Encolerizándose por grados).*

MARIANA

(Riendo á Silvestre). ¡Ah! Mírala y cómo se enfada. No te pongas moños, que aquí ya sabemos lo que son secretillos del corazón.

MARIANETA

(Con tono agresivo). Pues yo no lo sé ni me importa saberlo, ¿entiende usted? Y haya hecho lo que haya querido, ha obrado usted muy mal no advirtiéndomelo. No quiero saber nada de Braulio: ni de él, ni de nadie. Tenedlo presente: si un día me da el naipe por casarme, me basto y me sobro para elegir marido yo misma.

MARIANA

(Á Silvestre). ¿La estás oyendo la muy hipócrita?

MARIANETA

Cualquiera diría que voy echando las muelas por ahí pidiendo matrimonio... ¡No faltaba más!

MARIANA

¡No me vengas con mentiras á mí, á tu madre!

MARIANETA

No miento.

MARIANA

(Á Silvestre). ¡Dice que no miente! ¡Y aun no hace cuatro días que le encontré en el cajón de la cómoda el ramo de amapolas de cuando bailaron juntos en la era de los espigadores!

MARIANETA

Es cosa fea andar revolviendo en mi cómoda.

MARIANA

¡Descarada!

MARIANETA

Búsquelo ahora el ramo.

MARIANA

Tú sabrás por dónde para.

MARIANETA

Y los gorrinos también.

MARIANA

¿Qué hiciste?

MARIANETA

Lo que me dió la gana.

SILVESTRE

¡Basta!

MARIANA

¿Pero has oído qué modo de contestar?

SILVESTRE

Bueno, mujer, haya paz...

MARIANA

¡Bueno, mujer! Es claro, es claro... Ella tiene razón, ¿no es verdad?

MARIANETA

No, que la tendrá usted.

MARIANA

Calla ya...

MARIANETA

Y le estará muy bien empleado sufrir un sofocón de ese mentecato. Porque es un mentecato, se lo prevengo.

MARIANA

Tal para cual...

MARIANETA

Mejor.

MARIANA

Te quieres quedar para vestir imágenes, ¿no es eso?

MARIANETA

Puede...

SILVESTRE

Basta, os digo. *(Á Mariana).* Déjala; que haga su voluntad. Nada por la fuerza, mujer.

MARIANETA

¡Casarme, yo! *(Recogiendo las hierbas y disponiéndose á marcharse).*

MARIANA

¡Adiós, tú, gata de mari-ramos! ¡Buen papel vas á hacer con los vecinos!

MARIANETA

(Revolviéndose airada). Y eso por qué; ¿se puede saber?

MARIANA

Tú dirás; ¡como que no te han visto nunca pelando la pava con él!

MARIANETA

No, que tendrá una que quedarse hecha una estatua cuando alguien le hable; pero yo diré que de eso á casarse aún hay un buen trecho. Y más vale que callemos todos. En boca cerrada...

MARIANA

Y tendré que desdecirme, que renegar de la palabra...

MARIANETA

Haberlo meditado un poco antes de darla.

MARIANA

¡Ah!... ¡El día que contigo se pueda saber de qué lado sopla el viento!

MARIANETA

Ya habrá llovido de aquí á entonces... *(Entra en la casa).*

ESCENA III

MARIANA, SILVESTRE, *y después* MARIANETA

MARIANA

(Refiriéndose á Marianeta). ¡Es hija de su padre!

SILVESTRE

¿Qué murmuras?

MARIANA

Nada, nada. *(Pausa).*

SILVESTRE

Déjala en paz, créeme. *(Pausa).*

MARIANA

¿Y cómo quedo yo ahora con Braulio? ¡Quién se había de figurar que saldría por tal registro!

SILVESTRE

Ya te lo decía yo...

MARIANA

¿Qué me decías tú?

SILVESTRE

Que debías andar con mucho tiento.

MARIANA

Sí, ahora que no tiene remedio... Es aquello de á burro muerto...

SILVESTRE

Oye, mujer, te lo digo como lo pienso. Lo has hecho con buena intención, ya lo sé, no trates de convencerme; pero otra vez no te precipites y vete con cuidado. La muchacha es joven, y de jóvenes es querer hoy una cosa y mañana otra. *(Se ve á Marianeta al través de la ventana poner los platos sobre la mesa y disponerlo todo para la comida).*

MARIANA

Hablas como un dómine.

SILVESTRE

Hablo como puedo.

MARIANA

Está bien; lo que hay es que se repite la misma historia: que mientras puedas, le has de dar la razón á ella.

SILVESTRE

No soy hombre capaz de dársela á quien no la tenga.

MARIANA

Así mismito, dímelo más claro si te parece; pero no serás tú el guapo que me saque del atranco. Ya estoy viendo que tendré que ser yo la que se las entienda con el mozo.

SILVESTRE

Tú te lo dices todo y haces juicios temerarios. Se me figura que en la casa soy yo quien lleva los calzones. *(Pausa).*

MARIANA

¿Y qué le diremos? ¡Á ver!

SILVESTRE

La verdad. *(Marianeta, que los ha oído, se asoma á la ventana y exclama):*

MARIANETA

Yo misma le diré la verdad, monda y lironda. No os atormentéis buscando explicaciones. Quedaréis airosamente.

MARIANA

¡Milagro!

MARIANETA

No será el primero ni el último.

SILVESTRE

¿Serás capaz de ir á buscarlo?

MARIANA

Déjala hacer.

MARIANETA

No será preciso. Hace un momento, al pasar por delante de la puerta, lo vi que subía por el altozano; debe venir en busca de su ramo de flores... y ya está fresco, os lo juro por el sol que nos alumbra.

MARIANA

(Mirando á la puerta del corral). ¿Viene?

SILVESTRE

(Sin moverse de su sitio y refiriéndose á Braulio). ¿Viene?

MARIANETA

(Quitándose de la ventana y yendo hacia la puerta). Sí, dejádmelo por mi cuenta.

MARIANA

No, no; soy yo quien tengo que afrontarlo. Tenéis razón; yo debo pagar los vidrios rotos; culpa mía es...

MARIANETA

Yo despacharé más pronto. *(Saliendo).*

SILVESTRE

No; ni la una, ni la otra. Á callar todo el mundo. Yo le diré cuántas son cinco.

MARIANETA

¿Tú?

MARIANA

Dios me libre de dejarte solo; ya te conozco el genio.

SILVESTRE

Adentro y chitón.

MARIANA

(Sentándose en el banco de junto á la ventana). Aunque me mates, aquí espero.

SILVESTRE

Pues ponte un candado en la boca.

MARIANA

Procura que no tenga que intervenir.

SILVESTRE

(Á Marianeta). ¡Andando á tus faenas!

MARIANETA

(Como suplicándole con los ojos y mientras se aleja). En tí confío, Silvestre.

SILVESTRE

¡Vete, vete! *(Marianeta se marcha, pero se la ve trajinar por detrás de la ventana y estar al acecho de lo que pasa).*

MARIANA

(Nerviosamente, y aludiendo á su hija). Me servirá de escarmiento para otra vez.

SILVESTRE

(Por Braulio, y preocupado). Ya está aquí.

ESCENA IV

SILVESTRE, MARIANA, BRAULIO LABAST *y después* MARIANETA.

(Braulio Labast aparece por la puerta del corral. Entra con aire triunfal, rebosándole la fachenda y la presunción por todo el cuerpo. Lleva en la mano derecha un junquillo. Se detiene en el umbral, como husmeando si está la persona que busca, y al divisar únicamente á Silvestre, le dice):

BRAULIO

Buenos días, mi amo.

SILVESTRE

Buenos días, buen mozo. ¿Has comido?

BRAULIO

Todavía no. Ahora iba á hacerlo. ¿Y vosotros?

SILVESTRE

La olla está en la mesa.

BRAULIO

Os molestaré muy poco.

SILVESTRE

No te he dicho que estorbes. *(Pausa).*

BRAULIO

Qué, ¿no está Mariana?

SILVESTRE

(Mostrándola). Ahí la tienes.

BRAULIO

Perdón... No la había visto.

MARIANA

(De mal talante). Buenos días.

BRAULIO

Dios os guarde. *(Pausa)*. Pues venía, venía... á lo que hablamos ayer. No dirá usted que no me doy prisa. No he podido llegar á casa sin entrar antes aquí. Debía aguardar á mañana, ya lo sé, pero la dicha no tiene espera. *(A Silvestre)*. ¡Estamos armando una tu mujer y yo!

SILVESTRE

Sí... ya me ha contado algo Mariana.

BRAULIO

Me alegro. Así ahorraremos razones.

SILVESTRE

No hace un minuto que tratábamos del caso... Hablando del ruin de Roma... y entraste tú... ¿No es verdad, Mariana?

MARIANA

Sí *(Pausa)*.

BRAULIO

¿Y qué acordásteis? *(Pausa breve)*.

SILVESTRE

Mira, Braulio; la verdad por delante.

BRAULIO

¿Qué ocurre?

SILVESTRE

Ocurre, ocurre... Pues que Marianeta dice que nones...

BRAULIO

(A Mariana.) ¿De veras? *(Con extrañeza y en tono casi agresivo).*

MARIANA

El Evangelio.

SILVESTRE

Lo que te cuento...

BRAULIO

¡Otra te pego! ¡Y por qué registro salen ahora! *(Envalentonándose).*

SILVESTRE

No es nuestra la culpa.

BRAULIO

Y entonces, ¿quién la forzaba á decirme lo que ayer me dijo, Mariana? ¿Le echaba yo memoriales? ¿Pedía algo? (*Alzando el tono de la voz).*

SILVESTRE

Te diré, te diré... ¡Pero no grites!

BRAULIO

Hablo con tu mujer, y no contigo.

SILVESTRE

Te equivocas; hablas conmigo.

BRAULIO

Esto no se puede aguantar. Yo me entendí con ella y la pongo por testigo. ¿A que no me desmiente?

MARIANA

(*Poniéndose en pie*). Te entendiste conmigo, ya lo sé, pero yo no pintaba nada en este caso. Me metí en camisa de once varas. ¡Qué le hemos de hacer!

BRAULIO

¡Valiente excusa! ¿Es que se puede jugar de ese modo con los hombres? Hoy, que sí; mañana, que no, y si te he visto no me acuerdo. (*Con despecho*).

SILVESTRE

Nadie te dió un sí que no te podía dar. ¿Lo entiendes?

BRAULIO

No recuerdo que estuvieras presente en la conversación con tu mujer. ¿Te llevaba escondido entre las faldas? (*Irónicamente*).

MARIANA

Lo que dice Silvestre es la verdad. Yo te dije que por mí no había inconveniente; que me parecía que la chica estaba conforme, y que haría lo necesario para saberlo de cierto.

SILVESTRE

Eso y no otra cosa te prometió.

BRAULIO

Está bien, está bien. ¿Y os figuráis que me he de ir así de vacío, tan contento con las calabazas, y diciendo: «aquí no ha pasado nada»?

SILVESTRE

Tú dirás cómo piensas marcharte.

BRAULIO

¡Ya lo creo que lo diré!

SILVESTRE

¡A ver!

MARIANA

(Intranquila). ¡Por Dios!

BRAULIO

¡Cuidado no se pierda el hombre!

SILVESTRE

O que te estropee el físico.

BRAULIO

Quiero que me lo diga Marianeta cara á cara. *(Autoritariamente.) (Marianeta, que lo ha oído, sale rápidamente de la casa y dice):*

MARIANETA

Si en ello tienes empeño, por mí no ha de quedar. Toma mi respuesta: no te quiero. *(Muy enérgica).*

SILVESTRE

(Con imperio). Aquí no se te ha perdido nada, ni nadie te pregunta nada.

MARIANETA

¿Que no me preguntan nada?

MARIANA

(Inquieta.) Anda para dentro.

SILVESTRE

¡A la cocina! *(Enérgico.)*

BRAULIO

No os alborotéis más; ya veo que todos estáis bien ensayados. Así me gustan las cosas: claras, muy claritas. Y os podéis alabar, que es el primer caso que le ocurre al hijo de mi madre, á Braulio Labast. ¡Os juro que me la pagaréis, que os acordaréis de mí!

SILVESTRE

¿Y qué significan esas amenazas?

BRAULIO

Lo dicho, dicho; que os acordaréis de mí. Y no os hagáis ilusiones, no voy á quedarme con un nudo en la garganta y haciendo pucheros. Lo que me ha pasado lo sabrá todo el mundo.

MARIANA

Yo lo hice con buen fin.

BRAULIO

Claro está.

SILVESTRE

Está dicho y no lo olvidaremos.

BRAULIO

Ya me cuidaré yo de pregonarlo por todas partes.

SILVESTRE

Guárdate bien de añadir ni una sola palabra de tu cosecha. La verdad á secas.

BRAULIO

A mí nadie me llama embustero. *(Gritando).*

SILVESTRE

Aún no te lo llamé.

MARIANA

¡Por Dios, Silvestre! *(Asustada)*.

SILVESTRE

Déjame en paz, mujer.

MARIANETA

Y no le digas más. Ya sabe lo que quería saber.

BRAULIO

Vosotros sois los que todavía lo ignoráis todo. A ti te lo digo, amo, para que te acuerdes.

SILVESTRE

Anda, habla, aquí te espero. *(Acercándosele)*.

MARIANA

(Cogiéndolo por una mano). ¡Déjalo!

MARIANETA

(Cogiéndolo por la otra). ¡Déjalo!

BRAULIO

No tengáis miedo, que no me lo comeré. *(Riendo con acento de despecho)*.

SILVESTRE

Trabajo te doy para comerme.

MARIANA

(A Silvestre). ¡Calla!

MARIANETA

(A Braulio Labast). ¡Y tú, vete!

BRAULIO

Ya me voy, mujer; pero antes escucha y ten cuenta dónde te metes...

SILVESTRE

¿Qué? *(Fuera de sí).*

MARIANA

¡Vete de una vez! *(Muy enérgica).*

BRAULIO

Cuida de que la señora medite bien antes de decir las cosas, que harta fama tiene por ahí de ser pródiga en palabras y promesas.

SILVESTRE

¡Deslenguado!

MARIANA

No hagas caso, Silvestre. A palabras necias, oídos sordos.

BRAULIO

Y cuida también de que tu hijastra no imite á su madre y no empiece lo que no quiera acabar.

MARIANETA

¿Qué dices tú? *(Sorprendida é indignada).*

BRAULIO

Que no tropieces tan á menudo á la hora de anochecer, con los galanes, y conste que no hablo por boca de ganso.

MARIANETA

Tropiezo con quien me busca, ¿lo entiendes?

BRAULIO

Entendido.

SILVESTRE

No respondo de mí si no te vas en seguida. *(Las dos mujeres continúan agarradas á él, conteniéndolo).*

BRAULIO

¿Pero no ves que te tienen agarrado? *(Riendo, mofándose de Silvestre).*

MARIANA

¡Detente!

MARIANETA

¡Silvestre!

MARIANA

¡No lo sueltes!

BRAULIO

(Burlándose y yendo hacia la puerta). ¡Es lo que me quedaba que ver! Tú sí que puedes decir que has encontrado lo que necesitabas: unas cuantas onzas en un rincón de la cómoda, una mujer que puede ser tu madre, una chica... ¡y Dios hará lo otro!

MARIANA

¡Mal hombre!

MARIANETA

¡Para tí las quisieras esas onzas!

BRAULIO

No me hacen ninguna falta. ¡Dios sabe de dónde vendrán!

SILVESTRE

¡Te he de arrancar la lengua! *(Trata de desasirse).* ¡Dejadme!

MARIANA

No...

MARIANETA

(Á Braulio). ¡Vete con mil demonios! *(Silvestre logra soltarse de ellas y va corriendo al encuentro de Braulio Labast, agarrando al paso una barra que habrá en el suelo. En el momento que va á pegarle):*

SILVESTRE

¡Ruin! ¡Canalla!

MARIANA

¡No! *(Marianeta, de un salto, se ha puesto entre Silvestre y Braulio, y como éste se halla ya muy cerca del corral, le da un empujón, diciéndole):*

MARIANETA

¡Arrea!

BRAULIO

¡Nos veremos!

SILVESTRE

Ahora mismo. Aquí... *(Siempre queriendo deshacerse de Mariana, que lo ha cogido de nuevo y no lo suelta).*

MARIANA

¡Por Dios, Silvestre! ¡Por Dios!

SILVESTRE

Ahora mismo, te digo.

MARIANETA

Que te vayas. *(Empujando á Braulio y tirándolo afuera de un empellón. Silvestre se escapa de su mujer, y al llegar á la puerta Marianeta la ha cerrado y plantándose ante él, le dice):*

MARIANETA

¡Detente!

SILVESTRE

(Gritando para que el otro le oiga desde fuera). ¡Nos veremos, nos veremos!

MARIANA

Calla si quieres.

BRAULIO

(Desde fuera y alejándose la voz). Sí, sí, cuando quieras.

SILVESTRE

¡Te he de romper los morros!

MARIANETA

¡Silvestre!

MARIANA

(Á Marianeta). ¡Dios nos asista! ¡Y todo, todo, por culpa tuya!

MARIANETA

Harto lo sé, mujer.

BRAULIO

(Á lo lejos, muy honda la voz). ¡Buen provecho... gallo sin espolones! *(Ríe).*

ESCENA V

SILVESTRE, MARIANA *y* MARIANETA

(Silvestre, de cuatro zancadas, se lanza á la puerta y quiere abrirla; Mariana, que ha corrido tras de él, se lo impide diciéndole):

MARIANA

¡No!

SILVESTRE

(Por Braulio, y muy exaltado). ¡Ya verás cuando te coja! *(Pausa).*

MARIANA

Me la tenía tragada esta riña.

MARIANETA

(Yendo hacia dentro y mirando á Silvestre). ¡Sí... por culpa mía!... ¡No importa!

SILVESTRE

¡Ruin! ¡Cobarde! ¡Hace tiempo que se la tenía jurada!

MARIANA

Vamos á comer, Silvestre. *(Con tono suplicante).*

SILVESTRE

(Siguiendo abstraído y con la obsesión del insulto de Braulio). ¡Gallo sin espolones!

MARIANA

No pienses más en ello; vamos. *(Pausa breve).*

SILVESTRE

¡Oh! El día que caigas en mis manos, no será mal espolón el que te he de clavar... Y ahora mismo... *(Queriendo marcharse).*

MARIANA

Deja á ese pillo. *(Deteniéndolo aún).*

SILVESTRE

Pues por pillo y rufián lo tengo que castigar.

MARIANA

¡Por Dios, no pienses más en ello! *(Pausa).*

SILVESTRE

¡Gallo sin espolones!

MARIANETA

(Parada en la puerta). Qué, ¿entráis ó no?

MARIANA

Sí, sí, ya vamos, ya. *(Cogiéndolo por el brazo. Se encaminan á la puerta, y al estar en el dintel Silvestre quédase mirando hacia el corral por donde desapareció Braulio. Mariana consigue al fin hacerlo entrar diciéndole cariñosamente):* Vamos andando... no pienses más. No vale la pena. *(Entran mientras Silvestre va murmurando):*

SILVESTRE

¡Gallo sin espolones!

(Se les ve sentarse á la mesa junto á la ventana. Ella lo sigue con la mirada y con gran ansia. Él siempre con la obsesión de lo que acaba de ocurrir hace un momento. Á poco aparece Marianeta trayendo un puchero humeante que deja sobre la mesa. De nuevo desaparece en el interior de la casa. Mariana, cogiendo un cucharón, se sirve primero ella, después á la muchacha y por último á Silvestre. Vuelve Marianeta con el clásico porrón lleno de vino. Silvestre rechaza el plato que le ofrece su mujer. Marianeta y Silvestre míranse de reojo, procurando no ser vistos por Mariana. Ésta ruega de nuevo á Silvestre que coma; él se resiste otra vez. Se entabla un diálogo confuso, cuyas palabras no se perciben.)

CAE EL TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. — Al día siguiente. — Son las cinco de la tarde.

El patio está vacío; al poco rato aparece Segismundo, viniendo por la puerta del corral. Al ver que no hay nadie, dice, después de registrarlo todo con la mirada:

ESCENA PRIMERA

SEGISMUNDO *y en seguida* MARIANA

SEGISMUNDO

¡Salve! *(Pausa. Mariana se asoma á la ventana del primer piso).*

MARIANA

¿Quién es?

SEGISMUNDO

(Mientras va hacia la ventana). Soy yo, Mariana.

MARIANA

¿El maestro?

SEGISMUNDO

El mismo.

MARIANA

Bajo al momento. *(Desaparece y 'aparece de nuevo, y cuando está al pie de la escalera, dice muy nerviosa):* ¿Ha visto usted qué pena?

SEGISMUNDO

¿Es verdad lo que me han contado?

MARIANA

Verdad, verdad. Llamaradas de la juventud, trastornos. Ni sé dónde tengo la cabeza.

SEGISMUNDO

¿Y cómo ocurrió? A ver... dime. No salgo de mi sorpresa.

MARIANA

Pues que á lo mejor cree uno santiguarse y se saca los ojos...

SEGISMUNDO

¿Y se han endiñado de veras?

MARIANA

No mucho, aunque lo bastante para darme un gran susto. Silvestre tiene una desgarradura en la mano derecha, y el otro recibió su merecido. Lo peor no es el daño de ahora, sino el rencor que les quedará, y que no tendremos ya nunca más día bueno.

SEGISMUNDO

¡Bah! ¡bah! No es para tanto.

MARIANA

¡Dios le oiga! Créame que en estas cosas todo es empezar.

SEGISMUNDO

¿Y fué ayer el altercado?

MARIANA

Sí, ayer; aquí mismo. Cuando vino Braulio Labast á saber la respuesta de lo que le conté, ¿se acuerda?

SEGISMUNDO

Sí, el casorio de...

MARIANA

Ya antes de venir él me peleé con la chica, al ver que mudaba de parecer de un modo que ni

aun ahora me doy cuenta del por qué. Pero eso no valía la pena. Lo peor fué lo otro. Cuando vino Braulio y se encaró con Silvestre y tomaron los dos la cosa á puntillo... entonces, entonces se armó la gorda. Es decir, la tremolina ha sido esta mañana, que en cuanto se encontraron solos más arriba de la mojonera, se agarraron como dos mastines. La suerte fué que pasase por allí Roque con los ordinarios de Comabella, que si no, yo creo que se matan... *(Pausa breve)*. ¡Ay Segismundo! ¡Ahora sí que puedo decir que vine á este valle de lágrimas á sufrir y penar un día tras otro!

SEGISMUNDO

No hay para tanto, mujer; no hay para tanto. ¿A que dentro de cuatro días ya han hecho las paces?

MARIANA

¡Y cuán equivocado está usted!

SEGISMUNDO

Todos hemos sido jóvenes y sabemos lo que pasa cuando la sangre se le sube á uno á la cabeza. No sería extraño que se reconciliasen. Ya sabes que Braulio Labast no busca sino que hablen de él, y no es la primera vez que anda á testarazos con la gente. En cuanto á Silvestre, mejor que nadie lo conoces: no es rencoroso.

MARIANA

¡Oh! no; pero tiene mucha dignidad.

SEGISMUNDO

Eso mismo le hará meditar y verá que más vale que termine todo ahí.

MARIANA

¡Que Dios le oiga! Pero lo cierto es que el susto nadie me lo quita del cuerpo. *(Pausa).* Y de la chica, ¿qué me dice usted?

SEGISMUNDO

Qué quieres que te diga. Ese es siempre un misterio; ¡cualquiera adivina lo que piensa una mujer!

MARIANA

No me decía usted lo mismo cuando hablábamos antes del casorio.

SEGISMUNDO

Sigo creyendo lo que creía. Todos somos iguales, Mariana... y sólo podemos vivir seguros de una cosa... de la muerte.

MARIANA

Pero si todo el mundo lo veía; si todo el mundo lo daba por hecho; si estaba más claro que la luz del día.

SEGISMUNDO

Sí, sí, todo lo que quieras. Pero el viento cambia cuando menos se espera. *(Pausa corta).*

MARIANA

Al hablar así, se me figura que lo dice usted por mí.

SEGISMUNDO

Por todos y por nadie, Mariana.

MARIANA

Pero no lo niega...

SEGISMUADO

Tampoco lo afirmo.

MARIANA

Poco á poco voy viendo que todos me miráis con los mismos ojos.

SEGISMUNDO

Esas son cavilaciones tuyas.

MARIANA

No; no lo son, no; y tanto importaría que lo fuesen. Es que nadie se acuerda del pasado. Todo el mundo ve no más que las cosas del momento; la lástima se vende muy cara.

SEGISMUNDO

No hablarás por mí.

MARIANA

Por todos y por nadie, como usted.

SEGISMUNDO

No creo que jamás te haya acusado de nada. Siempre me has tenido de tu parte. Te consolé constantemente y te he defendido delante de todos: ¿qué más puedo hacer?

MARIANA

No me haga usted caso; tiene razón que le sobra.

SEGISMUNDO

Vaya, que estás muy susceptible.

MARIANA

Lo que le digo es que la vida es muy perra y jamás alcanza una sus deseos. Á la hora en que podría ser feliz, en que nada me faltaba para serlo... ¡pataplúm!... otra desgracia.

SEGISMUNDO

¿Quién es feliz en este mundo?

MARIANA

Diríase que siempre está rondándome el dolor y amenazándome con sus castigos... ¿Es que soy muy mala?

SEGISMUNDO

No, mujer.

MARIANA

Pero sufro como si lo fuera. Todos se han olvidado de la vida desastrada que llevé con mi primer marido. Todos lo vieron, y, sin embargo, obran cual si hubieran perdido la memoria. Sólo usted se acuerda y de cuando en cuando me dice: «tienes razón». Los demás... son buenos para atormentarme, y parece que en ello se complacen. ¿Qué les hice yo para que me traten así? ¡Á ver, que me lo expliquen! Mire usted: no soy mujer capaz de desear mal á nadie; pero al contemplar cómo se conducen todos conmigo, me alegraría que pasasen por lo que yo he pasado.

SEGISMUNDO

¡Bah!

MARIANA

Sí; ya sé que de nada me curaría.

SEGISMUNDO

¿Y entonces?

MARIANA

He sufrido mucho, Segismundo, mucho. Me hacía la ilusión de que había sonado la hora de descansar de tanto sufrir; y cuando no por una cosa, por otra, voy creyendo que lo mejor será que pierda la esperanza. Dígame usted: ¿quién me tosería á mí ahora si no fuera por ese pícaro sino que me persigue? Lo tengo á él, á Silvestre, á quien quiero tanto; tengo á mi hija, á quien no adoro menos... y, sin embargo, me dura la tristeza, la infelicidad. Las malas lenguas, los mal pensados, todo, todo se conjura á una para no dejarme tranquila; y como si aun eso no bastase, viene lo de esta mañana á colmar la medida. ¡Señor! ¡Señor!

SEGISMUNDO

Lo que has de hacer, es tener calma.

MARIANA

Fortuna que la tengo; si no la tuviera, no sé dónde iríamos á parar.

SEGISMUNDO

Pues con calma y reflexión, se pasan las penas del corazón.

MARIANA

¿Es que aun he de tener más? Usted lo sabe mejor que nadie. Sin mi aguante, sin mi resigna-

ción, ya estaría muerta. Á bien que mejor haría Dîos en llevárseme.

SEGISMUNDO

Eso no se puede decir nunca, porque es una blasfemia.

MARIANA

Pero se puede pensar.

SEGISMUNDO

De nada sirve pensarlo.

MARIANA

Lo mismo da; otra en mi lugar, lo juro por lo que más quiero, se hubiera ya quitado de en medio. Cuando me acuerdo de todo mi calvario pasado, se me antoja un sueño que lo haya podido aguantar con salud y vida. *(Pausa).* Á las veces me acometían ideas muy tristes, pensamientos muy negros. ¿Se acuerda usted de aquellos tiempos en que le iba á ver á su casa y entraba hecha un mar de lágrimas en su despacho? ¿Se acuerda?

SEGISMUNDO

Ya lo creo que me acuerdo.

MARIANA

Cuando iba á explayarme contándole las malas partidas de aquel mi primer marido, jugador,

pillo y mal hombre, que jamás se cuidó de mostrarme un rinconcito de amor, me asaltaban terribles tentaciones de acabar de una vez, y pensaba cómo me las arreglaría para marcharme de este mundo.

SEGISMUNDO

El que más y el que menos, todos hemos pensado eso alguna vez.

MARIANA

¡Oh Segismundo, si no hubiera sido por mi hija! El cariño á ella me detenía, me clavaba á la vida. Cuando él se marchaba á correr las fiestas mayores de toda la comarca con la cuadrilla de Román y compañeros, y se llevaba los cuatro cuartos de la cosecha para jugarlos á una carta ó bebérselos en vino, ó... Dios bien lo sabe, mi Marianeta, agarrada al pecho, era lo único que detenía el brazo de la libertadora muerte... Yo vivía hambrienta de ternura, sí, hambrienta, y aunque han pasado de eso un puñado de años, soy hoy la misma loca, loca, sí, como todos me llaman... ¡Qué importa! Por todo puedo pasar, todo lo puedo sufrir, lo más triste y lo más miserable de la vida, con tal de tener á la noche, á la hora de recogerse, una boca cariñosa que se me coma á besos. Esa es mi locura, esa... Y mejor si son dos las bocas para mimarme, como podrían serlo. Quiero á Silvestre tanto, tanto, que ni

acierto á decirlo; nunca amé como ahora; y quiero también á mi hija como á un pedazo de mis entrañas. De día y de noche pienso en el uno y en la otra; y si aquél se me separa, me refugio en ésta, y si pudiera ser quisiera dormirme recostada en los dos. Estoy loca, créalo, estoy loca...

SEGISMUNDO

Lo que tú eres es joven... y siempre lo serás.

MARIANA

Puede que sea un mal.

SEGISMUNDO

¡Quién sabe!

MARIANA

No quiero saberlo. Así soy, y no puedo ser de otro modo. Usted no puede comprender estas cosas.

SEGISMUNDO

¿Por qué no?

MARIANA

Porque supo usted hacerse una vida aparte, solitaria, sin pena ni gloria.

SEGISMUNDO

Y tú no adivinarás nunca la razón de esta mi vida solitaria. Nada se hace en el mundo sin su aquel, Mariana.

MARIANA

Eso mismo digo yo.

SEGISMUNDO

Y no por callarlas se tienen menos penas.

MARIANA

Sí, sí, dejémoslo correr. *(Se sienta).* Ahora lo que quisiera es encontrar remedio á lo de esta mañana; borrarlo de la realidad... no sé explicarme.

SEGISMUNDO

No te atormentes; eso ya pasó.

MARIANA

¡Dios lo quiera!

SEGISMUNDO

Agua pasada no mueve molino. Se han desahogado echando afuera su rencor, y ese es el principio de su cura. Los hombres siempre obran igual. Ese mismo hecho lo he observado yo en la chiquillería de la escuela cuando era maestro.

Muchos que ahora son amigos, y lo serán hasta la muerte, comenzaron sus amistades á puñetazo limpio al salir del aula.

MARIANA

Los casos no son iguales.

SEGISMUNDO

Todo es uno y lo mismo. No te apures. Que Silvestre se cure la mano, y no quedará ni memoria de lo sucedido.

MARIANA

Es que aun no hemos reflexionado lo bastante sobre el fondo de la cosa. No es esta la primera vez que me engaño á la cuenta de la chica; pero como esta vez, nunca, nunca. ¿Quién había de creer que Marianeta no sintiese inclinación por Braulio?

SEGISMUNDO

¡Qué le has de hacer!

MARIANA

¿Y en qué parará la muchacha si se aferra á no querer casarse?

SEGISMUNDO

No se le pasa el tiempo.

MARIANA

Tiene la edad, Segismundo, tiene la edad. No puede seguir así; yo, á sus años, estaba en vísperas de salir á misa de parida.

SEGISMUNDO

No todas las mujeres son iguales. *(Se oyen en el interior de la casa las voces de Silvestre y de Marianeta, que hablan juntos).*

MARIANA

Cállese, cállese, que viene.

SEGISMUNDO

¿Está él en casa?

MARIANA

Sí; no puede trabajar. Lleva la mano vendada.

SEGISMUNDO

¡Recontra!

ESCENA II

MARIANA, SEGISMUNDO, SILVESTRE, *y después* MARIANETA

SILVESTRE

(Sale por la puerta de lo alto de la escalera, llevando la mano derecha vendada. Dice, como

hablando aún con Marianeta, que está dentro): Déjalo, ya está bien así. No quiero más cataplasmas. *(Muy malhumorado mientras baja).*

SEGISMUNDO

¿Qué es eso, has ido á la guerra?

SILVESTRE

Dios le guarde. ¡Psh! Cosas que han de pasar, ¡qué remedio!

SEGISMUNDO

¡Contra! ¡Recontra!

MARIANA

Pero ya han pasado, ¿no es verdad, Silvestre?

SILVESTRE

(Sentándose al pie de la ventana). Yo, me callo.

MARIANA

(Á Segismundo y aludiendo al mutismo de su esposo). ¿Lo ve usted?

SEGISMUNDO

Sí, mujer, déjalo tranquilo. Ya pasó todo.

SILVESTRE

(Concentrado en sí mismo). Yo... callo.

MARIANA

¿Te duele?

SILVESTRE

Apenas.

MARIANETA

(Asomando la cabeza por la puerta de arriba). ¡Madre! No encuentro las vendas...

MARIANA

Te he dicho que están en el último cajón de abajo de la cómoda. Búscalas bien y las encontrarás.

MARIANETA

(Alejándose). Es que se le han de mudar los trapos á menudo.

SILVESTRE

Dejadme en paz; cualquiera diría que tengo una gran herida.

MARIANA

Sí, sí, se han de mudar á menudo. Acércate, y mientras viene la chica te desataré la venda. *(Se sienta junto á él).*

SILVESTRE

(De mal talante). Vuelta á empezar.

SEGISMUNDO

(Aproximándose). Dejádmelo ver, porque soy medio curandero. *(Cuando Mariana le ha desatado la venda, Segismundo dice examinando detenidamente la mano):* No es grave, pero hay que cuidarlo.

SILVESTRE

Ya se curará todo. *(Intencionadamente).*

MARIANA

¡Silvestre!

SEGISMUNDO

¿Sabes lo que le aliviaría mucho?

MARIANA

¿Qué?

SEGISMUNDO

Un ungüento que tengo yo en casa desde hace mucho tiempo. Cierra las heridas como por ensalmo.

MARIANA

¿De veras?

SEGISMUNDO

De veras.

MARIANA

¿Por qué no probamos?

SILVESTRE

¡Quita allá!

SEGISMUNDO

Por probar no se pierde nada.

MARIANA

¿Va usted á casa ahora?

SEGISMUNDO

Sí.

MARIANA

Pues voy con usted y me lo dará.

SEGISMUNDO

Conformes.

MARIANETA

(Entrando con las vendas en la mano). Madre, ya las encontré. Buenos días, Segismundo.

SEGISMUNDO

Buenos días, menuda.

MARIANA

Mira, ponle esta. Que no quede la mano descubierta y al contacto del aire. Yo vuelvo en se-

guida; voy á casa de Segismundo, que me dará un ungüento muy bueno. Arréglalo. Que vayas con cuidadito, ¡eh!

MARIANETA

Claro que lo haré con cuidado.

MARIANA

(A Segismundo). ¿Vamos?

SEGISMUNDO

Andando. *(Mariana hace ademán de marcharse y al punto vuelve junto á Silvestre, diciéndole tiernamente):*

MARIANA

¿Te duele mucho?

SILVESTRE

No, mujer, no.

MARIANA

¡Ay, señor! *(A Segismundo.)* Vamos.

SEGISMUNDO

Pasa delante.

SILVESTRE

¡Salud!

MARIANETA

¡Id con Dios!

MARIANA

En seguida vuelvo. *(A Segismundo).* Usted delante...

ESCENA III

SILVESTRE *y* MARIANETA

(Salen Mariana y Segismundo. Mariana cierra con precaución la puerta del corral. Marianeta se sienta junto á Silvestre y se dispone á colocarle la venda nueva. Este, sin mirarla, le tiende la mano derecha. Ella, con mucho mimo y cuidado le va poniendo el vendaje, mirándolo cariñosamente y diciéndole en el breve transcurso de la operación).

MARIANETA

¡Ajajá!... Ahora otra vuelta. *(Pausa).* ¿Te hago daño? *(Muy tiernamente. Pausa).*

SILVESTRE

No... sigue. *(Silvestre la mira, ella también y se cruzan las miradas, los ojos en los ojos).*

MARIANETA

La última vuelta... y después un nudo. *(Pausa).*

SILVESTRE

¿No acabas?

MARIANETA

Al momento. *(Atándole el vendaje).* ¿Aprieto demasiado?

SILVESTRE

No, no. *(Pausa).*

MARIANETA

¿Quién te lo arregla mejor, madre ó yo?

(Quédase mirándole y sonriéndole. Él la mira á su vez y con fijeza, pero en la expresión hay como un tinte de dolor. Pasado un momento en muda contemplación, él, con impetuosa serenidad, le coge la cabeza con la mano izquierda, se la acerca á los labios y la da un largo beso en la boca. Al pronto ella queda como despavorida, hace un movimiento de sobresalto, lo contempla inmóvil... y de repente se entrega con pasión, abrazándole y llorando amargamente, al tiempo que él la aparta de sí con dulzura, no queriéndola mirar y diciéndola):

SILVESTRE

Déjame, Marianeta..., déjame.

MARIANETA

No; ahora ya lo sé todo.

SILVESTRE

No sabes nada, nada; vete. Olvida lo que he hecho, no pienses más en ello; ha sido... no sé lo que ha sido.

MARIANETA

Ha sido un beso, Silvestre... un beso... aquí, ¿lo ves? *(Señalando la boca).* Mira...

SILVESTRE

(Queriendo levantarse). Acabemos.

MARIANETA

(Deteniéndolo y sentándolo á la fuerza). No te vayas. *(Se le abraza y llora).*

SILVESTRE

¿Qué haces?

MARIANETA

Lloro, ¿no lo ves?

SILVESTRE

Pero, ¿por qué?

MARIANETA

Ni yo misma lo sé.

SILVESTRE

Marianeta, ¡por Dios!, deja que me vaya... No está bien lo que hacemos... no puede ser.

MARIANETA

(Mirándole). Eso te hubiera podido decir yo hace un instante, y no te lo dije.

SILVESTRE

¿Por qué preguntarme lo que me has preguntado?

MARIANETA

¿Y por qué me ordenó madre que te mudase la venda?

SILVESTRE

No; no es eso. Lo que debíamos decir es: ¿para qué nos hemos encontrado el uno junto al otro?

MARIANETA

¿Te arrepientes?

SILVESTRE

Vete.

MARIANETA

Yo, no.

SILVESTRE

Entonces me voy yo.

MARIANETA

No quiero; antes has de decirme por qué me has dado ese beso.

SILVESTRE

No lo sé.

MARIANETA

Pues yo sí que sé por qué no me he resistido á que me lo dieras.

SILVESTRE

Luego eres más sabia que yo.

MARIANETA

De tí me viene la sabiduría... Es que me amas; confiésalo.

SILVESTRE

(Después de pensarlo un momento y llorando á su vez). Posible es.

MARIANETA

No llores... ya no necesito saber más. *(Pausa)*

SILVESTRE

Olvídalo por tu bien y el mío. Imagina que ha sido un sueño todo esto. No me hables jamás de lo sucedido, que yo jamás te lo recordaré. Y

piensa lo que sea preciso hacer para que tú te alejes de mí ó yo me aparte de ti... Es decir, acabemos, acabemos de una vez, ¡cásate!

MARIANETA

¡Oh, qué consejos me das! Y por otra parte, veo que tienes razón; sí, nuestro amor no puede ser; es un pecado, un pecado mortal... y menos mal si yo no te amase, Silvestre; pero te amo, te amo... mucho. *(Llorando y abrazándolo de nuevo).*

SILVESTRE

¿De veras?

MARIANETA

¡Mucho! ¡Mucho!

SILVESTRE

¡Dios mío, Señor!... me ahogo... ¡vete, aparta!

MARIANETA

No, no te ahogas; si te sientes bien al lado mío; si ya me maliciaba yo que te complacías en estar cerca de mí.

SILVESTRE

Ten piedad de mí, Marianeta.

MARIANETA

Tengo piedad de ti y la tengo de mí; ¿pero qué puedo hacer si te quiero tanto? Y tú lo sabías hace tiempo; dí, ¿lo sabías? Contéstame. ¿No es verdad que lo adivinabas sin decírtelo? Harto se me alcanzaba que mi deber era callar siempre, morirme de pena sin decir palabra, y créeme que estaba enteramente resuelta á no chistar, á no venderme; ya me había resignado y hasta me sentía contenta, porque aceptaba mi silencio como un martirio en ofrenda al amor que te tengo.

SILVESTRE

¿Y por qué no has seguido callando? ¡Cuánto mejor fuera callar!

MARIANETA

¿Sabes por qué? ¿Sabes lo que me ha desatado la lengua? La sangre de esa herida, que en seguida adiviné que era por mí por quien corría. Dime no más que es cierto lo que digo y haré todo cuanto pueda para volver á mi sacrificio anterior. *(Pausa).*

SILVESTRE

Cierto es, Marianeta.

MARIANETA

¿De veras?

SILVESTRE

De veras; lo tenía plantado en la boca del estómago á ese hombre antipático. Me parecía que un día ú otro vendría por ti y os casarían, y la ira volvíame loco; lo odiaba con el mayor odio que se puede tener á una persona. ¡Ah! ¡Si me hubieras visto con qué gusto me abalancé á él esta mañana! ¡Y con qué gusto lo habría rematado, á no ser por los que nos separaron! ¡Y todo era por tí, por tí sola!

MARIANETA

¿Me quieres mucho?

SILVESTRE

Mucho.

MARIANETA

¿De hace poco?

SILVESTRE

Voy creyendo que de hace mucho tiempo.

MARIANETA

¿Desde antes de ser mi padrastro?

SILVESTRE

Creo que sí.

MARIANETA

¿Por qué no quieres contármelo?

SILVESTRE

No sabría.

MARIANETA

Pues mira, yo te aseguro que mi amor es más reciente: te quiero desde que entraste en mi casa.

SILVESTRE

Y á Braulio Labast, ¿lo quisiste alguna vez?

MARIANETA

Me hacía la ilusión de quererlo.

SILVESTRE

Sí, sí; lo querías, no me lo niegues.

MARIANETA

No, créeme que no.

SILVESTRE

¡Qué has de decirme! Yo también notaba lo que veía tu madre. Por una parte lo encontraba natural y por otra se me llevaban los demonios. Al principio me irritaba contra mí mismo. ¡Qué puedes hacer en contrario!, me decía. Las mujeres nacen para casarse... ¡es inevitable!... Su-

fría y callaba como tú has callado todo este tiempo, y, sin embargo, me hubiera alegrado saber con certeza que jamás te casarías. ¿Crees que no me acuerdo del día del baile en la romería? Hacía poco que estaba apalabrado para casarme con tu madre. Ella y yo formábamos corro con los demás mientras tú y Braulio bailabais aparte, y me parece que con solo evocar el recuerdo se me enciende la sangre como se me encendió entonces. Estabas acalorada, alegre; te movías como una peonza; mirabas á Braulio embelesada, reías y de cuando en cuando te llevabas las amapolas á los labios como dándole á él las gracias, mientras que él se te acercaba hablándote en voz baja, comiéndote con la mirada. Si hubiera sido valiente, como hacía falta serlo, le hubiera dicho á tu madre: de lo hablado no hay nada, Mariana, porque me gustaría usted si fuera joven. Y vi claramente que eras tú, tú, la mujer que yo quería.

MARIANETA

¿Y quién te impedía ser valiente?

SILVESTRE

Yo que sé. Tu madre me acaparaba. Fué ella quien se casó conmigo, no yo con ella. Decía tales palabras, tenía tanto fuego en el alma... que me encontré comprometido sin darme cuenta. ¿Es que tú te fijabas en mí, que me hacías caso?

MARIANETA

No tanto como al venir á instalarte en esta casa y al ser marido de mi madre.

SILVESTRE

Harto lo sabía yo que no te importaba nada en aquellos días.

MARIANETA

Después, sí; después, al verte aquí, se me quitó de la cabeza la idea de querer á Braulio. Y se me fué como por milagro. Cuando te veía sentado á la mesa, hacía cuanto podía para mirarte como á mi segundo padre, y jamás lo logré. Cuando, junto á la chimenea, al ser de noche, después de cenar, fumabas el último cigarro al lado de madre y reías al compás de sus palabras y caricias, empecé por pensar que no estaba bien que os mirase y acabé por sentir unos celos extraños y rabia también, mucha rabia. Luego me iba á dormir... y lloraba y me enfadaba conmigo misma por llorar, y pensaba en tí, y cuanto menos quería pensar más mis pensamientos volaban á tu persona, pasando la noche en un constante lloro, sin parar. Hubiera querido rezar y apenas podía, porque todas las oraciones me resultaban tontas, insustanciales. Las decía para apartarme del peligro de quererte, y de nada me servían. Durante mucho tiempo no dormí apenas;

luego me acostumbré á tales angustias y me dormía, pero soñando, soñando... ¡Y soñar en ti para despertar sin ti, era peor!

SILVESTRE

Padecíamos los dos...

MARIANETA

¡Ay de mí!

SILVESTRE

Sí, pero yo sufría más que tú. Tú al menos te encontrabas sola; yo no.

MARIANETA

¡Silvestre!

SILVESTRE

Y muchas veces, muchas, me imaginaba tenerte entre mis brazos. Fortuna que tú y tu madre lleváis el mismo nombre y á las dos cuadra igual diminutivo.

MARIANETA

¿Por qué, Señor, por qué no fuiste valiente?

SILVESTRE

No hablemos, no hablemos de eso; dejémoslo correr y hagamos lo imposible para no pensar más.

MARIANETA

¿Crees tú que podremos?

SILVESTRE

No lo sé; pero es nuestro deber procurarlo. Prométeme que de tu parte probarás. *(Levantándose).*

MARIANETA

(Reteniéndolo). Me encomendaré á Dios.

SILVESTRE

(Sentándose de nuevo y con mucho fuego en la expresión). Sí, sí; encomiéndate á Dios, ruégale que te asista. Él os atiende más á vosotras que á nosotros. Dile que somos desgraciados, y que si no puede darnos el remedio que nos falta, que nos saque de este mundo. *(Se abrazan. Pausa).*

ESCENA IV

SILVESTRE, MARIANETA, *y en el fondo* MARIANA

(Mariana viene por la puerta del corral; trae un frasco en la mano derecha y un papel doblado en la izquierda. En el momento que abre, y sin ser vista de los dos, los sorprende enlazados y en pleno dúo de amor. Queda parada, muda de espanto, y, como de improviso,

se da cuenta de la fatalidad que los atrae y á ella la hiere. No atina con lo que debe hacer. El golpe es tan fuerte y tan inesperado, que paraliza todos sus movimientos. Desfallece, se lleva la mano al corazón. Se ahoga de amor y de celos. Un instante parece que se va á abalanzar sobre su marido y su hija con el relámpago de la ira y la venganza que alumbra en sus ojos. Después se detiene, duda, y se la ve de nuevo llevarse la mano al corazón, como si le estallase en pedazos... Retrocede inconscientemente... llora, ve la muerte á dos pasos... y un pensamiento de gran enamorada la ilumina... Desaparece).

ESCENA V

SILVESTRE *y* MARIANETA

MARIANETA

¡Oh, no, Silvestre! Yo debo morir. Tú, no; tú debes vivir. *(El diálogo no se ha interrumpido).*

SILVESTRE

Más vale que tú vivas... ¿Qué hago yo en este mundo?

MARIANETA

¿Por qué no fuiste valiente? ¡Dímelo! ¡Dímelo! *(Abrazándolo estrechamente).*

SILVESTRE

No lo sé; no puedo saberlo. *(Besándola una y otra vez).* ¿Lo ves? ¡No, no puede ser! Quisiera

no haberte besado nunca; ahora el gusto del primer beso hace que los repita, y ya jamás podré pasar sin besarte...

MARIANETA

(Besándole). Y mis besos, ¿te gustan?

SILVESTRE

(Levantándose). Vete, huye... puede venir tu madre y vernos...

MARIANETA

¡Si no sé lo que me pasa!

SILVESTRE

Pues es preciso que lo sepas... ¡Cásate! ¡Cásate!

MARIANETA

No puedo, Silvestre; no puedo.

SILVESTRE

¡Aborréceme!

MARIANETA

(Llorando). ¡Tampoco podría!

SILVESTRE

¡Maldita sea esta hora! ¡Maldita!

(Se oye la canción de la Marianeta á lo lejos en boca de Mariana, que se acerca. La voz tiene de vez en

cuando acentos doloridos, aunque la que canta procura ocultar su emoción. De este modo les previene. En cuanto la oyen los dos se dan cuenta de la proximidad de Mariana, y se cruza entre ellos una mirada rápida de inteligencia. Marianeta se sienta, y Silvestre dice):

SILVESTRE

¿Oyes?

MARIANETA

Es ella. *(Comienza á obscurecer).*

SILVESTRE

Sí; vete y enjuga tus lágrimas, que no se te conozca que has llorado.

MARIANETA

Y tú también; cuida que no se te conozca.

SILVESTRE

No tengas miedo, no; no se me conocerá. Vete tú.

ESCENA VI

MARIANA, SILVESTRE *y* MARIANETA

(Mariana entra con aire feliz, triunfal. Todo lo que dirá lo dice con una grande y honda serenidad; serenidad perturbadora para los que la escuchan; serenidad que presagia algo terrible que no se sabe lo que es).

MARIANA

(Casi riendo). Ya estoy aquí.

SILVESTRE

¿Y qué traes?

MARIANETA

¿Trae usted el ungüento?

MARIANA

Sí, lo traigo. Te lo voy á poner en seguida, ven...

SILVESTRE

¿Tanta prisa corre?

MARIANA

Sí, sí; no perdamos tiempo. Hace falta un botecillo. ¡Ah! Allá dentro hay uno.

MARIANETA

¿Voy por él?

MARIANA

No, no; voy yo, voy yo. *(Entra en la casa. Marianeta y Silvestre quédanse parados, como no dándose cuenta de la actitud de Mariana. Parecen interrogarse con la mirada. Por fin ella se acerca á él y le dice en voz baja):*

MARIANETA

¿Nos habrá visto?

SILVESTRE

No.

MARIANETA

Te digo que sí.

SILVESTRE

No, mujer, no; ¡qué nos ha de ver!

MARIANETA

Sí, sí.

SILVESTRE

Calla, calla. *(Marianeta va rápidamente al encuentro de Mariana, que viene con el bote en la mano).*

MARIANETA

Démelo.

MARIANA

Venga, pon un poquito en el bote y al instante le daremos la untura. *(Se sienta, no pudiendo sostenerse más en pie, en el poyo de junto á la ventana).*

MARIANETA

¿Está usted cansada?

MARIANA

No, no; no estoy cansada.

MARIANETA

Yo le untaré, traiga.

MARIANA

Toma; con mucho tiento, ¡eh! *(Se sienta al lado de Silvestre).* ¿Aún te duele?

SILVESTRE

No, mujer; lo mejor será no hacerme nada. *(Pausa. Ella lo mira fijamente; lo observa sin darse cuenta).* ¿Qué tienes?

MARIANA

Pena por tí.

SILVESTRE

¡Otra que tal! *(Marianeta los sigue atenta, pero disimuladamente, en su diálogo).*

MARIANETA

(Yendo hacia ellos). ¿Habrá así bastante?

MARIANA

Sí; venga, venga. *(Van todos hacia el poyo. Silvestre se sienta. Mariana se arrodilla ante él; Marianeta queda de pie á su lado con el bote en la mano. Anochece. Á Silvestre, destapándole el vendaje).* Ahora te pongo esto; pero después, al cabo de tres horas — me ha dicho Segismundo que es como echar aceite en un candil—, hay que bañarte la mano con esta agua, cuyo nombre me ha apuntado aquí. *(Enseñando un papel).*

SILVESTRE

¿Más embustes de medicinas?

MARIANA

Quiero hacerlo como él me ha dicho.

MARIANETA

¿Y dónde tiene que ir por esa agua?

MARIANA

Á Las Planas, á casa el boticario.

SILVESTRE

Á Las Planas, ¿á estas horas?

MARIANA

Claro que sí.

SILVESTRE

Vaya, ya te he dicho que no quiero más ro-
nances de medicinas; si Braulio Labast lo su-
piese, no se reiría poco de nosotros.

MARIANA

¿Y á mí qué? . . . Voy á Las Planas.

MARIANETA

Madre, que la noche se echa encima.

MARIANA

No importa; conozco el camino.

MARIANETA

Espere usted á mañana.

MARIANA

Tiene que ser en seguida; él me lo dijo.

SILVESTRE

¡Valiente chiflado está él!

MARIANA

No, no; ahora mismo.

MARIANETA

¿Quiere usted que vaya yo en un vuelo?

SILVESTRE

Ni tú, ni ella.

MARIANA

No me prives de ese gusto. Es por tu bien.

SILVESTRE

¿Y no sirve de nada decirte que ya no me duele?

MARIANA

Te desobedezco para que te cures pronto. Tengo que ir yo, yo misma, para que el mal no progrese, ¿lo entiendes? *(Abrazándolo).* No quiero, no quiero que sufras. *(Á su hija).* Tú quédate y cuídalo, Marianeta. *(Abrazándola también).* No tardaré en volver; sé bien el camino, ¿por qué asustaros?

SILVESTRE

No te muevas, Mariana, te lo ruego.

MARIANA

He de ir, Silvestre, estoy resuelta; padeces y no quieres decírmelo. Te he de buscar el remedio, nadie más que yo puede sanarte. ¡Quedad con Dios! *(Les dirige una mirada honda, dolorosamente generosa y penetrante, como despidiéndose de sus amores, y después dice sonriente con*

ermosa tristeza): Pero si Las Planas están á dos asos de aquí. *(Sonriendo).* ¡Hasta la vista! *(Se iarcha riendo con paso ligero y sin dejar de 'ecir):* ¡Hasta la vista! ¡Hasta la vista! Todavía ıe queda para ir y volver un rato de claridad.

SILVESTRE

Mariana, no salgas, quédate. *(Insistiendo cariñosamente. En tanto, Marianeta permanece aleada y muda).*

MARIANA

¡Hasta la vista! . . . *(Desaparece).*

ESCENA VII

SILVESTRE y MARIANETA

(Los dos se quedan sin saber lo que les pasa. Se miran con extrañeza, no atreviéndose á cambiar una palabra. Silvestre se dirige á la puerta y grita):

SILVESTRE

¡Mariana! ¡Mariana! *(Desde la puerta. Pausa).*

MARIANETA

¡Déjala! Es inútil.

MARIANA

(Desde lejos). ¡Hasta la vista! ¡¡Adiós!! *(Pausa. Silvestre se queda junto á la puerta y dice al fin).*

SILVESTRE

¡No... no nos ha visto!

MARIANETA

¡Apostaría algo á que sí! *(Pausa).* ¡No nos dejaría solos, no! *(Los dos se miran interrogándose).*

SILVESTRE

(Como hablando á solas). ¿Y si nos hubiera visto?

MARIANETA

(Sin explicarse aquel misterio). No sé.

(Ambos permanecen á distancia mirándose, y uno y otra se encogen de hombros en medio de la perturbación que les sobrecoge y aplana. La obscuridad aumenta por momentos).

CAE EL TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración.

Es de madrugada. Han dado ya las tres. No hay nadie en el patio y se ve luz por los resquicios de la ventana del piso alto. Al levantarse el telón baja Silvestre por la escalera con paso tardo y desmayado, y va hacia la puerta del corral. La abre, se asoma al borde del camino, y dice hablando á solas:

ESCENA PRIMERA

SILVESTRE *y* MARIANETA

SILVESTRE

¡Nadie! *(Se queda arrimado á la puerta con la cabeza cogida entre las manos).* ¡Nadie! *(Á poco aparece Marianeta, que sale de su cuarto, con el pelo suelto y con señales de fatiga en todo su cuerpo. Dice desde arriba antes de bajar por la escalera):*

MARIANETA

¿No se oye nada?

SILVESTRE

Nada. ¿Pero á qué bajas? ¿No te he dicho que te quedases arriba? Déjame solo... ¡Vete!

MARIANETA

(Yendo hacia él). ¡Si no puedo obedecerte!

SILVESTRE

¡Vete, Marianeta!... ¡Vete!

MARIANETA

Es inútil... No me iré.

SILVESTRE

¡No me tientes!... ¡No me hables así!

MARIANETA

¿Y cómo he de hablarte?

SILVESTRE

No lo sé; lo que quiero, lo que es preciso, absolutamente preciso, es que no te acerques á mí, y tú te empeñas en hacer lo contrario, en estar siempre á mi lado... Pues te lo juro por estas *(Juntando las manos y en ademán de jurar)*, que haré yo lo que hace falta...

MARIANETA

¿Y qué harás?

SILVESTRE

Todavía no lo sé de fijo; huiré lejos, muy lejos, y no volveré nunca; me iré aprovechando la primera excusa que se me ocurra, y después será como si hubiese muerto: jamás sabréis de mí ni tú ni tu madre...

MARIANETA

Tú no harás eso, Silvestre.

SILVESTRE

¿Y quién podrá impedírmelo?

MARIANETA

Yo.

SILVESTRE

¿Tú?

MARIANETA

Sí.

SILVESTRE

¿Y cómo?

MARIANETA

Huyendo contigo donde tú vayas; siguiéndote siempre, siempre, ¡al cabo del mundo!

SILVESTRE

Eso es hablar por hablar; no sabes lo que te dices; no quieres acordarte en dónde estamos ni de lo que nos sucede.

MARIANETA

¿Y qué haremos entonces? ¿Quién puede remediar lo que ha pasado?

SILVESTRE

No me preguntes nada, déjame solo.

MARIANETA

Fuerza es que te pregunte lo que yo no sé responderme.

SILVESTRE

Sólo puedo contestarte de una manera.

MARIANETA

¿Cómo? ¡Á ver!

SILVESTRE

Rogándote por lo más sagrado, por lo que más quieras, que me tengas lástima, que sigas mis consejos: que te vayas á servir á la ciudad, y que durante mucho tiempo, mucho, vivas sin verme. Á los dos nos conviene, créelo. Acaso esto que nos pasa no sea más que una llamarada del mo-

mento; posible es que aun tenga enmienda... ¡Huye!

MARIANETA

Y una vez en la ciudad, ¿qué?

SILVESTRE

No lo sé. No te veré, no me verás.

MARIANETA

¿Y con eso se curarán nuestros males?

SILVESTRE

Por lo menos hace falta que probemos á curarlos.

MARIANETA

De nada nos servirá.

SILVESTRE

¿Crees tú?

MARIANETA

No creo; estoy segura, muy segura.

SILVESTRE

¿Y qué hacer entonces?

MARIANETA

Seguir como estamos.

SILVESTRE

No puede ser, no puede ser. No piensas en tu madre; lo que hacemos con ella es infame, es una abominación.

MARIANETA

¡Oh! ¡Mi madre!

SILVESTRE

Sí, tu madre; por ella debemos separarnos.

MARIANETA

Ella fué la causante, ella te trajo aquí.

SILVESTRE

¿La acusas?

MARIANETA

¿Quién habla de acusar?

SILVESTRE

Lamentas haberme conocido.

MARIANETA

¡No!

SILVESTRE

Lo acabas de confesar.

MARIANETA

No; y no me obligues á que te recuerde ciertas cosas. No me obligues á que piense en el día de ayer ni en el día de mañana; para mí no existe ni pasado ni porvenir... Quiero vivir en el presente, en el dichoso presente de nuestro amor. *(Va á abrazarlo).*

SILVESTRE

(Como espantado). ¡Quita!

MARIANETA

Quiero pensar en el presente no más, Silvestre, y tú también piensas en él; pero eres más cobarde que yo y te asusta tu propia sombra. Á todo estoy resuelta. Si ahora mismo me mostrasen la muerte á dos pasos de mí y me dijesen que sólo no pensando en ti la muerte se iría lejos, muy lejos... me quedaría inmóvil, la dejaría acercarse sin cambiar un instante de pensamientos.

SILVESTRE

Desvaríos, créeme.

MARIANETA

¿Deliro? Mejor; la vida me devuelve el delirar. Tú padeces mucho porque estás sereno.

SILVESTRE

Serénate también.

MARIANETA

Y dejaría de amarte.

SILVESTRE

¡Pero si no puedes quererme!

MARIANETA

Nadie me lo impide.

SILVESTRE

Tu madre.

MARIANETA

¡Y dale con madre! Yo no la puedo mirar como á tal en el estado en que me encuentro de locura. Si madre está loca, su hija también; ¡y más, mucho más que ella!

SILVESTRE

¡Calla, por Dios, Marianeta!

MARIANETA

¡Cobarde!

SILVESTRE

¿Por qué?

MARIANETA

Sí, cobarde. Tú no me quieres como yo te quiero; tú ya te has hecho á vivir acariciado, y te horroriza pensar en el más allá.

SILVESTRE

¡Que no te quiero!

MARIANETA

No; porque hablas de dejarme. Y mi cariño es tal, tan grande y tan inmenso, que jamás podría pensar en dejarte.

SILVESTRE

¿Y qué será nuestra vida?

MARIANETA

Un valle de lágrimas, ya lo sé.

SILVESTRE

Será terrible.

MARIANETA

¡Todo es hermoso, si el amor lo protege!

SILVESTRE

¡Oh!, ¡el amor!, ¡el amor! *(Pausa. Yendo rápidamente á la puerta).*

MARIANETA

¿Viene?

SILVESTRE

(Escuchando). No, no es nada. Es que creía... ¡Pero no viene nadie! *(Pausa).*

MARIANETA

Vendrá al ser de día; no temas.

SILVESTRE

Es que le puede haber pasado algo; dijo que estaría aquí antes de dos horas.

MARIANETA

No quiero ni pensarlo. ¡Si le hubiera ocurrido algo!

SILVESTRE

Dijo que volvería pronto.

MARIANETA

Ya sabía yo que la engañaba el deseo. Las Planas están más lejos de lo que ella se figura...

SILVESTRE

Pero...

MARIANETA

Se habrá quedado á pasar la noche en casa de tía Rosa, la cual, como es natural, no la habrá dejado volver á tales horas.

SILVESTRE

¿Te parece?

MARIANETA

Estoy segura.

SILVESTRE

Y, sin embargo, resulta extraña la tardanza.

MARIANETA

No te preocupes; como si lo viera, se le hizo de noche y... *(Pausa).*

SILVESTRE

(Yendo de nuevo hacia el corral). ¡Un valle de lágrimas! *(Pausa).*

MARIANETA

¿Qué dices?

SILVESTRE

¡Un valle de lágrimas!... Sí... esa será nuestra vida.

MARIANETA

(Sentándose y obligándole á sentarse á su lado). ¡Bien se ve que no estás hecho á sufrir y á llorar cuando tanto te amilana el porvenir! Yo he llorado tanto, tanto, en estos últimos tiempos, que ya no me parece una pena y hasta me resultaría extraña á mí misma si hubiera acabado la negra racha de mis llantos. Te acostumbrarás, Silvestre. Á todo se acostumbra uno en la vida.

SILVESTRE

Es que no sé avenirme á todo lo que me dices. Á ratos se me figura que asomo la cabeza por primera vez al mundo, porque veo y oigo cosas que jamás hubiera creído posibles. Harto sabía yo que te quería, sí, lo sabía con certeza; pero antes me matan que decírtelo... antes me matan que llegar á lo que me pasa... á lo que nos pasa. Mejor hubiera preferido que cuando se me escapó aquel beso, el beso que te dí, ¿te acuerdas?, me hubieras contestado rompiéndome los morros de un revés, huyendo, dejándome solo. Y ahora ya no sé ni dónde estoy, ni dónde voy y toda felicidad se me aparece como un calvario.

MARIANETA

¿Y crees acaso que yo no sufro, que yo soy insensible? Ambos merecemos compasión, Sil-

vestre, y por eso es menester que el uno aguante al otro.

SILVESTRE

No podremos aguantarnos. El estar cerca sólo servirá para acabar de perdernos.

MARIANETA

¿Y qué mejor que eso, si no podemos variar nuestro destino?

SILVESTRE

Todo lo encuentras llano.

MARIANETA

Te quiero. Es lo único que sé; y lo único que deseo, que tú me quieras á mí del mismo modo.

SILVESTRE

Si tanto me quieres, sacrifícate; vete, es preferible. Imagina lo que sufrirás cuando veas y sientas á tu madre cerca de mí.

MARIANETA

Porque te quiero lo arrostro todo, y no me importa que ella te acaricie si tu corazón y tu pensamiento van á mí, no me los roba nadie.

SILVESTRE

Nos venderá nuestro querer por mucho cuidado que pongamos en que no nos sorprenda, y

por todas partes iremos besándonos y abrazándonos, imaginando que para nuestros besos todo es sombra y misterio. Seremos unos malaventurados.

MARIANETA

También lo seríamos lejos el uno del otro.

SILVESTRE

(Levantándose). Y cuando tu madre vuelva, cuando tu madre esté aquí á todas horas, se hará imposible que yo la engañe, y Dios sabe lo que pasará. Porque ella, por ciega que esté, lo ha de advertir, ¿lo entiendes?, lo ha de adivinar. Y ¿qué haremos entonces, di?

MARIANETA

Te repito una vez más que no me hables del mañana.

SILVESTRE

Preciso es hablar, por mucho que nos pese... ¡Oh! ¡Si pudiese uno hacer lo que quisiera!

MARIANETA

¿Qué harías?

SILVESTRE

¿Y me lo preguntas? Como aquel que quiere tapar un hoyo y para cubrirlo arroja tierra y más tierra, yo tiraría tanta por encima de todo lo pa-

sado, que al fin lograría que no quedase ni rastro de lo que fué, y sobre el hoyo de nuestras desdichas, ya colmado, ya desaparecido del mundo, te abrazaría, te besaría; á la mañana, trabajando y sudando á chorros; á la noche, reposándome en tus brazos, desvelado. Después, juntos nuestros labios, sintiendo cómo palpitaba tu corazón contra el mío, formando un solo cuerpo, solos, muy solos...

MARIANETA

Sigue, sigue...

SILVESTRE

¿Para qué seguir si es un sueño?

MARIANETA

Solos, muy solos, me mirarías largo rato sin decirme una palabra, y á cada beso que yo te daría reirías tú de manera diferente, con la risa de los bienaventurados...

SILVESTRE

Y te ahogaría á puro de abrazarte...

MARIANETA

Y yo te pasaría la mano por entre el pelo, como hace un rato, mirándote siempre, siempre, embebecida...

SILVESTRE

Y rodaríamos por el suelo, comiéndonos á besos, hambrientos constantemente el uno del otro...

MARIANETA

Viéndote á menudo, tal como te he visto ha poco, los ojos brillantes y no de lágrimas, sintiendo tu pecho palpitar contra el mío, como si me azotasen queriéndome. *(Lo abraza).*

SILVESTRE

¡Aparta!

MARIANETA

¡No grites!

SILVESTRE

¿Viene alguien?

MARIANETA

Podría ser. Hoy es día de fiesta, y muy temprano, muy temprano, pasan por ahí los leñadores de Sirals.

SILVESTRE

¡Fiesta hoy!... Fiesta para los que son buenos.

MARIANETA

No somos malos.

SILVESTRE

Casi valdría más serlo. *(Pausa).* Y tu madre sin venir.

MARIANETA

No pases ansia. Vendrá al hacerse de día. ¡Estás desazonado!

SILVESTRE

Sí; quisiera tenerla ya aquí... tenerla pronto entre nosotros... ¡Siento miedo! El corazón me dice que cuando amanezca y la vea se me recobrará el sentido, experimentando la emoción de haber salido de una pesadilla.

MARIANETA

¿Es que aguardas sus besos para olvidarte de los míos?

SILVESTRE

¡Oh! No... *(La abraza).* Eso no...

MARIANETA

¡Qué bien estamos así!... *(Pausa).* ¡Quisiera que no acabara nunca la noche!

SILVESTRE

Yo también... ¡Te quiero, te quiero mucho! *(Pausa. Se oye cantar un gallo. Desasiéndose lentamente de ella).* ¿Oyes? *(Pausa breve).*

MARIANETA

¿Ya cantan los gallos? *(Se oye cantar otro gallo).*

SILVESTRE

Y por allá asoma el alba.

MARIANETA

¿Tan tarde es? ¡Cuántas veces vi amanecer desde aquella ventana, y tan sola, tan desesperada! Nunca contemplé el romper del día como hoy, nunca... *(Pausa. Lo abraza de nuevo).*

SILVESTRE

Vete arriba. *(Deshaciéndose del abrazo. Marianeta empieza á subir la escalera poco á poco. Y ya en la puerta de su cuarto, le dice él):* No viene nadie, ¡nadie!

MARIANETA

(Deteniéndose). No temas... volverá. *(Desaparece).*

ESCENA II

SILVESTRE y *después* SEGISMUNDO

(Silvestre queda solo; en su cara se retrata claramente el estado de lucha de su alma entre el amor, el disgusto y la angustia. Mira fijamente á la puerta. Des-

pués mira á la ventana de arriba, donde se ve luz. Ésta se apaga. Tras de un momento de indecisión cierra la puerta, echa la tranca y, con paso vacilante, sube la escalera. Todavía no está más que en los primeros tramos, cuando se oye llamar á la puerta del corral. Silvestre se queda un instante escuchando, como si no diera crédito á sus sentidos. Al poco rato vuelven á llamar. Entonces él baja rápidamente y abre con cuidado, diciendo en voz queda):

SILVESTRE

¿Eres tú, Mariana? *(Asoma misteriosamente Segismundo. Allá en el fondo de la escena se ven siluetas de hombres y mujeres que quedan á la parte de afuera de la casa).*

SEGISMUNDO

(Entrando con precaución y también en voz baja). Soy yo, Silvestre. *(La claridad del día crece, pero muy pausadamente).*

SILVESTRE

¿Quién eres?

SEGISMUNDO

Soy yo, Segismundo.

SILVESTRE

¡Usted!

SEGISMUNDO

Sí.

SILVESTRE

¿Y eso? ¿Qué ocurre? ¿Dónde va tan de mañana?

SEGISMUNDO

Habla bajito, habla bajito.

SILVESTRE

¿Qué hay?

SEGISMUNDO

Quería verte.

SILVESTRE

¿Para qué?

SEGISMUNDO

¿Dónde está Marianeta?

SILVESTRE

Arriba, supongo que durmiendo. Acabo de bajar ahora mismo para ver si venía ó no Mariana, que salió anoche para ir á Las Planas á buscar lo que usted escribió en un papel.

SEGISMUNDO

Ahora me lo explico. Por eso fué por lo que salió.

SILVESTRE

Por eso. ¿La vió usted?

SEGISMUNDO

No.

SILVESTRE

¿Y entonces?

SEGISMUNDO

No ha vuelto, ¿di?

SILVESTRE

No; ¿cómo lo sabe usted?

SEGISMUNDO

Lo sé...

SILVESTRE

¿Es que le ha pasado algún contratiempo? Dígame...

SEGISMUNDO

Habla bajo, que Marianeta nos puede oir.

SILVESTRE

Pero ¿qué hay? Hable ya... *(Marianeta ha oido el rumor de la conversación y se asoma á la ventana de su cuarto, diciendo):*

ESCENA III

SILVESTRE, SEGISMUNDO *y* MARIANETA

MARIANETA

¿Quién está ahí? Silvestre, ¿cón quién hablas? ¿Ha llegado madre?

SEGISMUNDO

Calla, calla...

SILVESTRE

Sí, soy yo, que...

MARIANETA

¿Está contigo madre?

SEGISMUNDO

Aún no.

MARIANETA

¿Y quién me contesta? Parece la voz de Segismundo.

SILVESTRE

Es él.

MARIANETA

¡Tan temprano!

SEGISMUNDO

Me venía al paso y he entrado.

MARIANETA

Y si no me engaño veo gente á la parte de fuera del corral. ¿Qué quieren? ¿Qué pasa?

SILVESTRE

Nada, duerme; no bajes.

MARIANETA

¿Que no baje, dices? *(Desaparece un instante para volver á salir al punto por la escalera).*

SEGISMUNDO

¿Baja?

SILVESTRE

Sí; hable usted antes de...

SEGISMUNDO

Hemos hablado en voz demasiado alta.

SILVESTRE

Dígame, dígame; no me tenga en esta angustia: ¿qué hay? ¿Qué significa todo esto?

SEGISMUNDO

¡Por Dios! ¡Si yo supiera cómo decírtelo!

SILVESTRE

Pronto, pronto, antes que ella venga. ¿Es de Mariana de quien quiere hablarme?

SEGISMUNDO

Sí.

SILVESTRE

Despache...

SEGISMUNDO

Pues bueno...

SILVESTRE

¿Qué?...

SEGISMUNDO

¡Que ha muerto!

SILVESTRE

¡¡Muerta!!... *(Gritando sin darse cuenta, en el preciso momento en que Marianeta está al pie de la escalera y viene á medio vestir).*

SEGISMUNDO

¡Calla!

MARIANETA

¿Qué dice? ¿Qué dice? ¿De quién habláis?

SEGISMUNDO

Nos ha oído.

SILVESTRE

Nada, nada... Segismundo... la... no es nada, no es nada.

SEGISMUNDO

Vete arriba.

MARIANETA

Repítame lo que decía ahora mismo, no me oculte nada. ¿Á qué ha venido usted, Segismundo? ¿Qué quieren aquellos de allá fuera? *(Marianeta va á la puerta).* ¿Qué hacéis ahí? ¡Oh! ¡Todos, todos se han vuelto mudos! *(Á Silvestre).* Y tú, ¿qué dices? ¿Por qué lloras? *(Como adivinando súbitamente).* ¡¡Madre!! ¡Sí, de madre hablábais! *(Silvestre se sienta en el banco de junto á la ventana y llora, prorrumpe en grandes sollozos).* ¿Qué le ha pasado á mi madre? Decídmelo pronto. ¡¡Madre!!... ¡¡Madre!!... ¡¡¡Madre mía!!! ¿Dónde está mi madre? Quiero verla en seguida, quiero verla... *(Corre desalada para salir).*

SEGISMUNDO

¡Marianeta!

ESCENA IV

SILVESTRE, MARIANETA, SEGISMUNDO, HOMBRES *y* MUJERES

UNA MUJER

¿Dónde vas?

OTRA

¡Detenedla!

UN HOMBRE

¡Qué le has de hacer!

OTRO

Lo mismo da, dejadla.

MARIANETA

(Entrando atolondrada). ¡Ah! *(Yendo hacia Silvestre).* ¿Muerta? *(Yendo hacia Segismundo).* ¿Muerta? *(Segismundo asintiendo con un movimiento de cabeza).*

SEGISMUNDO

¡Dios dispone de nuestra vida!

MARIANETA

La quiero ver, la quiero ver. *(Saliendo de nuevo).*

SILVESTRE

(Levantándose). ¡Detenedla!

SEGISMUNDO

¡Marianeta! *(Los del grupo la detienen y las mujeres la entran para dentro, hablando todos á la vez, como tratando de convencerla, de consolarla, mientras ella exclama con voz desgarradora):*

MARIANETA

¿Dónde está? Quiero saberlo todo, todo...

SEGISMUNDO

Con bastante trabajo lo hemos sabido nosotros. Perico Malest ha venido á avisarme para no decíroslo á vosotros de golpe y porrazo.

SILVESTRE

Pero...

MARIANETA

¿Qué? ¿Cómo?

SEGISMUNDO

La encontraron esta madrugada al venir de Sagrest y pasar por el barranco de Comabella...

SILVESTRE

(Como hablando á solas). ¡Se había despeñado!

MARIANETA

¡Ah! *(Cae desmayada. Las mujeres la sostienen, la cogen entre dos en brazos y la entran en la casa).*

ESCENA V

SILVESTRE, SEGISMUNDO *y después* PEDRO MALEST, HOMBRES *y* MUJERES

UN HOMBRE

No es nada, no es nada. *(Las mujeres hablan entre sí. Al poco rato sale una de ellas y llena un cazo de agua de un cubo que hay junto al pozo. Movimiento en el interior de la casa. Silvestre apenas se ha dado cuenta del desmayo de Marianeta).*

SILVESTRE

(Hablando á solas). ¡Despeñada en el barranco! *(Llora sin consuelo. Pedro Malest entra rápidamente y dice á uno de los hombres que salen de la casa):*

PEDRO

¿Lo saben ya?

UN HOMBRE

Sí. *(Sale).*

SEGISMUNDO

(Viéndolo llegar). Aquí está Perico, míralo. Él te lo contará todo. *(Á intervalos bien medidos cantará un gallo y le contestará otro muy lejos).*

SILVESTRE

Cuenta, cuenta. *(Obcecado).*

PEDRO

Bien poca cosa tengo que contarle, Silvestre. Veníamos de Cirals como todos los sábados que salimos de noche para pasar el día de fiesta en casa, y la hemos encontrado donde le han dicho...

SILVESTRE

¿Muerta ya?

PEDRO

Y bien muerta. Me fuí corriendo á decírselo á Segismundo, lo desperté para contárselo. Ahora mismo la traerán.

SEGISMUNDO

Y yo me he quedado viendo visiones cuando éste me lo ha dicho; creía que ya estaba de vuelta de Las Planas.

PEDRO

¿De Las Planas?

SEGISMUNDO

Sí; fué allá por una medicina. Ahora me lo explico bien. Tomó un atajo para adelantar camino, la noche la sorprendió y...

PEDRO

Y cayó.

SEGISMUNDO

Sí, eso que tú dices, cayó al barranco. Andaba presurosa, atolondradamente... *(Movimiento en el fondo).*

SILVESTRE

¡Dios mío! *(Llorando).* ¡Dios mío!

PEDRO

¡Qué se le ha de hacer!

SILVESTRE

¡Muerta! *(Pedro Malest le habla).*

SEGISMUNDO

(Á una mujer que va al pozo y saca agua). ¿Y Marianeta?

UNA MUJER

Ya ha vuelto en sí. *(Saca agua y vuelve á entrar en la casa).*

SILVESTRE

¡Muerta! *(Llora).*

SEGISMUNDO

(Á Pedro Malest). Iremos los dos juntos. Veremos qué hay que hacer.

PEDRO

Como usted quiera. *(Entra en la casa. Se oye ruido de voces en el interior. Sigue aumentando la claridad del día. Se oye á lo lejos el primer toque á misa del alba. Una de las mujeres abre la ventana baja que da al patio. Dentro se ven varias siluetas y oscilar la luz de un candil que está encima de la mesa).*

SEGISMUNDO

(Á Silvestre). Y tú á reanimarte, á ser hombre. Ahora más que nunca has de dar pruebas de serlo. ¡Qué remedio tiene! Al salir de casa jamás sabemos si nos ocurrirá una desgracia, si podre-

mos volver. Ha salido por ti, por tu bien, llena de buen celo y de amor. Le faltó un pie en la obscuridad. Es que había llegado su hora. ¡Tenía que suceder!

SILVESTRE

Sí, sí; tiene razón... *(Llora de nuevo).*

SEGISMUNDO

Y tampoco adelantas nada con llorar. ¿Le devolverás la vida? *(Se oye dentro el llanto de Marianeta, que ha vuelto en sí).* Has de ser fuerte y hacer de tripas corazón por su hija, para poderla consolar. Es tu deber... *(Dos mujeres, que están en la puerta de la casa, dan muestras de querer algo. Una de ellas dice):*

UNA MUJER

¿Segismundo?

SEGISMUNDO

¿Qué queréis? *(Yendo á la puerta. Hablan en voz baja).* Bueno, bueno, y no arméis alboroto; está bien, andad, andad. *(Mientras se van).* Sí, sí, ya voy. *(Uno de los hombres que vienen de fuera habla con Segismundo con mucho sigilo. El hombre se marcha, y Segismundo entra en la casa en tanto que Silvestre, abatido y sin variar de sitio ni de postura, hondamente emocionado, hablando para sí en voz alta, dice):*

SILVESTRE

¡Le faltó un pie en la obscuridad! *(Pausa. Queda abstraído y tapándose la cara con las manos. De pronto, cual iluminado de súbita revelación, dice con acento de horrible desconsuelo):* No... no fué eso... ¡Es que nos vió!...

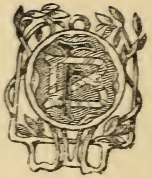
(Hunde la cabeza entre las manos y llora silenciosamente. Dentro sigue la confusa conversación de las mujeres y el llanto lastimero de Marianeta. Canta un gallo y otro contesta. Es de día claro. Tocan á misa allá á lo lejos. Dos mujeres se van por el fondo hablando entre ellas. En aquel mismo momento entra un hombre y parece notificar á los del grupo del fondo que llegan los que traen á la muerta. Van todos con grandes muestras de interés hacia la puerta, y al estar en el dintel del corral se descubren respetuosamente. Todo eso indicado últimamente habrá de pasar con gran rapidez).

CAE EL TELÓN. — FIN DE LA OBRA

ÍNDICE

	Páginas
Anteportada	1
Portada	3
Propiedad	4
Prólogo	5
Personajes	12
Caracteres	13
Trajes que vestirán los personajes	14
Lugar de la acción	15
Canción de la Marianeta	16
Acto primero	17
Acto segundo	67
Acto tercero	111
Indice	145
Colofón	147

Se imprimió
MISTERIO DE DOLOR
en la
IMPRENTA ARTÍSTICA
de
JOSÉ BLASS y Cía
de
MADRID
EN AGOSTO DE MCMIX



De venta en todas las librerías

	Pesetas.
Azorín. — Las confesiones de un pequeño filósofo. — Segunda edición aumentada; en 8.º . .	2,50
Baudelaire (Carlos).— Las flores del mal. - Poesías, precedidas de una noticia biográfica por Teófilo Gautier, traducidas en verso castellano por Eduardo Marquina; en 8.º.	3,50
Belda (Joaquín).— La Suegra de Tarquino (novela de malas costumbres romanas), prólogo de Pérez Zúñiga; en 8.º, artística cubierta de Marco. .	3,50
Bourget (Paul). — Andrés Cornelis (novela), trad. de Carlos de Ochoa; en 8.º	3,50
Ciges Aparicio (M.)— El Vicario (novela); en 8.º	3,50
Cuevas (Plotino).— Tinieblas en las cumbres (Historias de libertinaje), novela; en 8.º. . .	3,50
Darío (Rubén): Opiniones; en 8.º	3,50
— Parisiana; en 8.º.	3,50
Delpit (Alberto).—Teresina (novela), trad. de Carlos Frontaura; en 8.º	3,50
Duguit (León).—La transformación del Estado, traducción con estudio preliminar sobre la Nueva orientación del derecho político, por Adolfo Posada; en 8º.	3,50
Fogazzaro (Antonio).—El Santo (novela), traducción é introducción de Ramón M. Tenreiro; en 8.º	3,50
Gascón (Teodoro). — Más cuentos baturros. Prólogo en verso de Luis de Tapia y cuento en prosa de José A. Luengo; en 8.º, con más de 200 grabados y cubierta de Sancha en cromotipia	2.—
Gómez Carrillo (Enrique). — El Modernismo; en 8.º.	3,50
— Grecia; en 8.º	3,50
Heredia (José María de). — Los Trofeos, Romancero, y Los Conquistadores de oro (poesías); traducción en verso castellano y prólogo de Antonio de Zayas; en 8.º.	3,50
López-Roberts (M.)—La novela de Lino Arnáiz (nov.); en 8.º	3,50
— La Esfinge sonríe... Historia de amor (novela); en 8.º . . .	3,50
Marquina (Eduardo). — Canciones del momento y Odas de la ciudad. Prólogo de E. Gómez Carrillo; en 8.º	3,50
Maupassant (Guy de). — Pedro y Juan (novela), trad. de Carlos Frontaura; en 8.º	3,50

	Pesetas
Morote (Luis). — Los frailes en España; en 8.º.	2.
Ohnet (Jorge). — El camino de la gloria (novela), trad. de Carlos de Batlle; en 8.º	3,5
— La Conquistadora (novela), trad. de C. de Batlle; en 8.º .	3,5
Palomero (Antonio). — Coplas de Gil Parrado y traducción en verso de la comedia de *Ed. Rostand* Los noveleros (Les Romanesques); en 8.º .	3,5
— Mi bastón y otras cosas por el estilo; en 8.º.	2,50
Queiroz (Eça de). — La ilustre Casa de Ramires (novela), traducción de P. González-Blanco; en 8.º	3,50
Queiroz (Eça de) y **Ortigao** (Ramalho).— El misterio de la carretera de Cintra (novela), traducción de Enrique Amado; en 8.º	3,50
Rodríguez Marín (Francisco).— Madrigales; en 8.º, con dibujos de L. Coullant Valera. . .	2.—
Sacher-Masoch (L.).—La Venus de las pieles (novela); versión española y estudio preliminar de C. Bernaldo de Quirós; en 8.º	2,50
Santillana (Roque de) — El último héroe (maravillosa novela del porvenir); en 8.º. . .	3,50
Seligman (Edwin R. A.). — La interpretación económica de la Historia; traducción del inglés, y estudio preliminar de Adolfo Posada y José M. Sempere; en 8.º.	3,50
Serao (Matilde).—El país de Jesús. Traducción de la Condesa Beretta; en 8.º.	3,50
Tamenaga Shunsuy.—Los cuarenta y siete capitanes, novela trágica, traducida del japonés por Angel González, intérprete de Legación en Tokío; prólogo de Gómez Carrillo; en 8.º	3,50
Verlaine (Paul). — Fiestas galantes. Poemas saturnianos y otras poesías. Prefacio de François Coppée; trad. de Manuel Machado; prólogo de Enrique Gómez Carrillo; en 8.º.	3,50
Ward (Lester F.). — Compendio de Sociología. Trad. de Adolfo Posada; en 8.º	3,50
Willy. — Claudina en la escuela (novela); en 8.º.	3,50
— Claudina en París (novela); íd.	3,50
— Claudina en su casa (novela); ídem.	3,50
— Claudina desaparece (íd.) íd..	3,50

JOSÉ BLASS Y CIA., SAN MATEO, 1, MADRID